LA LIRA.

COLECCION DE OBRAS LÍRICO-DRAMÁTICAS.

EL

NIGROMANTE,

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS.

Precio, 8 reales.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1865.

EL

NIGROMANTE,

DRAMA HISTÓRICO

en cuatro actos, en verso, y original

DE

FRANCISCO VARGAS MACHUCA.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1865.

714359

PERSONAS.

Doña María de Albornoz.
Elvira, *su dama preferida.*
Enrique III el Doliente.
El Marqués de Villena.
Ferrus, *su juglar.*
Macías.
Pedro Lopez de Ayala.
Abenzarzal, *físico y astrólogo del rey.*
Íñigo Mendoza.
Rui-Perez Dávalos.
Don Luis de Guzman.
Un escudero.
Donceles, Escuderos, Dueñas y Damas de honor.

La escena en Madrid, en el alcázar del rey, por los años de 1394.

La propiedad de esta obra pertenece á la Galería titulada LA LIRA. Nadie podrá reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los Comisionados de la misma Galería lírico-dramática son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Las oficinas de la Direccion de LA LIRA se hallan establecidas en Madrid, calle del Arenal, núm. 15, entresuelo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Habitacion ricamente alhajada de doña María de Albornoz.—Á la derecha una mesa con adornos de señora, un espejo metálico, y una escribanía.—Puertas laterales, y al foro una grande que da á los corredores del palacio real, y una ventana grande con vidrios de colores á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA DE ALBORNOZ, sentada frente al espejo haciendo su tocado.—Dos dueñas la prenden una diadema y otros adornos de cabeza.—Á su alrededor algunas damas de su servidumbre.—ELVIRA á su lado.

MARIA. Dejad; yo me prendo sola,
que tanta gente me abruma.
Este alfiler... esta pluma...
(Se desprende ambas cosas.)
Mal color me hace esta gola. (Idem.)
De esmeraldas este broche
sienta á mi rostro mejor.
Me desagrada esta flor...
(Se la desprende del pecho.)
No acabo en toda la noche.

ELVIRA. ¡Está de muy mal talante
la de Albornoz, mi señora!...

MARIA. ¡Sí, por Dios!... ¡en qué mal hora
al espejo yo delante
quise mis galas vestir!
el humor me acosa fiero...

ELVIRA. Si el motivo es verdadero,
deploro vuestro sufrir.
Mas siempre, señora, inquieta,
soleis estar por antojo,
sin que sea justo el enojo
que vuestra dicha sujeta.
Vuestras quejas dais al viento,
y no os quejais en razon.

MARIA. Sí, Elvira; en el corazon
un peso horrible yo siento.
¡No soy feliz!... ¿Por ventura,
llanto no vierten mis ojos?
¿Son mis lágrimas antojos
que nacen de una locura?...
¿Me ves gozar un momento
del mundo gratos placeres?
¿Qué más penas, qué más quieres
en mi continuo tormento?

ELVIRA. (Que nos escuchan, señora:
el lenguaje reportad.)

MARIA. (Tienes razon...) Despejad, (Á las damas.)
que en nada servis ahora.

(Vanse las damas.)

ESCENA II.

DOÑA MARIA, ELVIRA.

MARIA. ¡Te aseguro, sí, mi Elvira,
que te tengo envidia!... ¡Ay, Dios!...

ELVIRA. ¿Delirais?... ¿Envidiar vos,
á quien libre no respira
en su pecho el corazon?
Vos que gozais en Castilla

de la más alta nobleza,
un lugar, que á la grandeza
más encumbrada la humilla:
vos, que sois, noble señora
del gran Marqués de Villena,
¿en qué fundais vuestra pena?...
¡Tenerme envidia!...

MARIA. ¡En mal hora!...
Nunca lo fuera en verdad;
que en su pecho amor no siente,
y amores su labio miente
con menguada deslealtad...
Tres dias há que partió
con el rey de cacería.
¿Tú le has visto, solo un dia,
cual al tuyo he visto yo?
Fernan-Perez, más galante,
de Elvira á los piés, sincero,
más noble, más caballero,
ser demostró tierno amante,
¿Son injustas mis querellas?...

ELVIRA. Pensara que os engañais,
si así del Marqués pensais.

MARIA. Testigo fiel las estrellas
son de mi acerbo dolor.
¡Pluguiera á Dios que mentira
tanta pena fuera, Elvira,
y mintiera mi clamor!...
Escuchad. ¡En su entusiasmo
montaraz y cazador,
el Marqués, se olvida siempre
de que le adoro!...

ELVIRA. ¡Pues yo!...

MARIA. Como tiene á mucha gala,
y bien puesta la aficion
de la caza, apenas duerme
ni sosiega; y á su voz,
cuando allá en el horizonte,
su faz va enseñando el sol,
al punto sus escuderos,

que conocen su afan, dos
caballos los más briosos
le preparan, y su *halcon*,
provisiones, y al instante,
monta, se escapa, y... ¡por Dios!
¡sin saludarme siquiera!
¡no hace caso de mi amor!...
Apenas salta un venado
por el soto, á su bridon
mete espuelas afanoso,
lanzando una fuerte voz,
al viento dando las riendas,
y soltando el cabezon,
y escapa que corta el aire
tras de su perro Almanzor;
y embebido en sus proezas
montaraces... mi pasion...

ELVIRA. Quizás, señora, el Marqués,
de cazador hace gala...

MARIA. ¡Elvira!...

ELVIRA. Ved que os regala
cuanto caza...

MARIA. ¡Sí!... ¿Y despues?...

ELVIRA. ¿Qué más podeis exigir?
deponed vuestros enojos.

MARIA. ¡Lágrimas vierten mis ojos,
porque esto, Elvira, es morir!
¡Y no me engaña en verdad
mi acerba melancolía,
que me insultan á porfía
su desprecio y frialdad!
No es el Marqués de Villena
un rendido trovador:
págame, ingrato, el amor,
que el corazon me encadena.
Sí, mi Elvira; ¡un pensamiento
horrible me acosa el alma,
que me arrebata la calma,
que me arrebata el contento!
El pecho se me arde en fuego,

y el corazon tristemente,
late fiel, presagia y siente
que á sucederme va luego
algun acaso terrible.

ELVIRA. Desechad por Dios, señora,
que el corazon me devora
pensamiento tan horrible.
No lloreis con tanto anhelo,
que tambien me haceis llorar;
¿por qué tan mal presagiar,
si aumentais el desconsuelo?

MARIA. En vano quieres, Elvira,
contener el llanto mio:
déjame en mi desvarío,
que así el corazon respira.
Déjame, sí, por piedad:
deja que lloren mis ojos
de amor fementido, enojos:
llorad, mis ojos, llorad. (Pausa.)

ELVIRA. Señora, por Dios, tened,
y sujetad ese llanto
que á Elvira lastima tanto,
y tambien llora á la vez.
¡Muy grande es vuestro pesar!...
¡pero el que yo estoy sufriendo!...
¡No me envidieis!... ¿No estais viendo
que tampoco puedo amar?...
¡No es feliz mi corazon
dueño ya de su albedrío!...
¡Otro amor encierra el mio!...
¡Otra funesta pasion!...
Y si el llanto desatais,
dando rienda al sentimiento,
tambien yo en el alma siento...

MARIA ¡Consuelo, Elvira me dais!...

ELVIRA. Ligada estoy,—lo sabeis,
á Hernan-Perez, que es mi esposo:
desde ese trance horroroso,
lloro tambien, ya lo veis,
y solo por compasion

pudiera amarle en verdad.

MARIA. ¡¡Elvira!!...

EVIRA. Sí, perdonad...
¿Mando yo en mi corazon?...
¡Dando mi amor, dando el alma
á otro doncel, me ligaron
á su cadena, y me ataron
por la fuerza!...

MARIA. ¡Tened calma!

ELVIRA. ¡Tener calma! ¡Y el amor
que á Macías prodigaba...
tuve que ahogar!... Y callaba,
porque mi padre y señor
me trató con tanta mengua
forzando mi voluntad,
que con loca ceguedad
hizo enmudecer mi lengua.
Pero aún tengo aquí valor
para ahogar de mis amores
en silencio los rigores,
porque primero es mi honor.

MARIA ¿Tambien padeces conmigo?
Acércate aquí, por Dios,
y lloremos, sí, las dos;
lloremos nuestro castigo.
Lloremos, y en armonía (Se abrazan.)
pidamos piedad al cielo;
piedad y que dé consuelo
á nuestra amarga agonía.
Piedad, Señor, demandamos
(Dirigiendo la vista al cielo.)
á vuestra eterna clemencia.
¿Es tan justa la sentencia
que nos haces padecer?

ELVIRA ¿En qué ofenderos pudimos
infelices en el mundo,
que mostrais tan iracundo
el soberano poder?
¿Qué dichas ni que placeres
nos veis gozar por ventura,

más qué llanto y amargura
de perdida libertad?

(Se oye rumor interior.)

MARIA. ¡Ah!... ¿No escuchas una voz
que en el alcázar resuena?...
¡Esa es la voz de Villena!...

(Vanse á la ventana.)

ELVIRA. ¿Qué dice la de Albornoz?...
¿El Marqués hoy en la villa,
y en hora tan desusada?...

MARIA. Míralo, él es.

ELVIRA. ¿Qué embajada,
qué alteracion en Castilla
á Madrid le hará llegar
tan de prisa?... ¡No comprendo!...

MARIA. Nada sé, y estoy sintiendo,
Elvira, verle aquí entrar.
El corazon en el pecho,
de tristeza y alegría,
romper quiere, Elvira mia,
en llanto otra vez deshecho.
¡No sé qué tiene el semblante
del Marqués, que me da miedo!...
contenerme apenas puedo...

ELVIRA. Teneis que estar más galante
olvidando los enojos

(Adelantándose á la escena.)

y desechando la pena,
no conozca el de Villena
que han llorado vuestros ojos.
Sin duda por veros viene
sin acabar la batida:
¿Lo veis, señora?... no olvida
el amor que siempre os tiene.

MARIA. Ó asuntos le harán venir
á la córte, reservados.

ELVIRA. O de amores extremados...

MARIA. No lo llego á presumir.
Le conozco bien á fé,
y sé á dó su amor alcanza;

no abrigo vana esperanza,
que me engañara, lo sé.
¿Quiéresme Elvira halagar?...
Acaso el Rey recelaba
viniera de Calatrava
su doncel particular...

ELVIRA. ¡El doncel!...
(Se dirigen á la puerta del foro.)

MARIA. Vedlos allí:
el doncel y el de Villena.

ELVIRA. (¡Viene á renovar mi pena!...)

MARÍA. El mismo, Macías, sí.

ELVIRA. El mismo, con su escudero,
con su brillante armadura,
que en nobleza y apostura
más que nadie es caballero.

ESCENA III.

DICHOS.—Aparecen, quedándose á la puerta, el MARQUÉS DE VILLENA, FERRUS, MACIAS y su escudero.

VILLEN. Cuento, pues, con que el secreto
por vos guardado estará.

MACIAS. Contad con que junto irá
con el sigilo, el respeto.
Vivid tranquilo, señor,
que afecto os tengo, y nobleza
que os responde...

VILLEN. (La cabeza...
perdieras, siendo traidor...)
Macías, guárdeos el cielo,
(Dándole la mano.)
y hasta despues.
(Adelantándose á la escena.)

MACIAS. Y él á vos.
(¡Es mi Elvira!... ¡Vive Dios!...
Cumplido tengo mi anhelo...)

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, VILLENA, FERRUS, ELVIRA.

MAR. Bendiga el cielo, mi adorado esposo,
este instante que apaga la agonía,
en que os mira galan y más hermoso,
con sonrisa feliz, vuestra María;
llegad, señor, á mí; no desdeñoso
mostreis á esta infeliz la faz sombría,
despreciando de amor los dulces lazos
que ofrecen tiernos mis amantes brazos.

VILL. Tened, doña María, que un instante
á hablaros solo vengo, y no de amores;
pésame contemplaros tan galante,
cuando sufriendo estoy mil sinsabores.
No rendido viniera, tierno, amante,
sembrando á vuestros piés hermosas flores
que de amor simbolicen la corona...

MAR. ¡Tan ingrato, señor!... ¿Y qué os abona
para ajar con frialdad y con desprecio
el amor de la esposa que os adora?...

VILL. Que de amores tratar fuera muy necio,
cuando la pena al corazon devora;
y asuntos que yo tengo en más aprecio
me obligan así á hablar. Dejad, señora,
para ocasion mejor vuestra querella,
y vivid resignada.

MAR. ¡Negra estrella
presidiendo fatal mi cruel destino,
sigue mis pasos, y constante el cielo
me demanda pesares: fatal sino
concedióme un esposo cuyo anhelo
es despreciar mi amor; y de contíno...!

VILL. Callad, doña María, ¡vive el cielo!
y que á solas no estamos respetad.

MAR. ¡Bien!

VILL. Ferrus, en mi cámara aguardad.

(Habla en voz baja con Ferrus, y doña María se acerca á Elvira.)

MAR. No lejos de este sitio, amada Elvira,
esperad, que al tirano tengo miedo:
el corazon que libre no respira
me anunciaba este mal.

ELV. ¡Valor! ..

MAR. ¡No puedo!...

FERR. Obedezco, señor.

VILL. Decid que espira
el plazo que marcó. Dentro una hora,
que me espere.

(Vase Ferrus.)

MAR. Salid. (Á Elvira.)

ELV. Adios, señora.

ESCENA V.

EL MARQUÉS toma asiento y apoya la cabeza en la mano, sobre la mesa. DOÑA MARÍA en pié.

VILL. Ya con calma, tranquila y sin respeto,
al viento vuestras quejas podeis dar,
como puedo contaros yo en secreto
el intento que á vos me hace llegar;
pues cansado de estar ya tan sujeto,
la cadena me cumple no arrastar:
romper sus eslabones hoy pretendo,
y fácil me será, segun entiendo.

MAR. No comprendo en verdad ese lenguaje,
si bien en vuestra faz leyendo estoy
que no es grato por cierto este mensaje.

VILL. Á explicarlo, señora, al punto voy.
(¡Por más que tema hacerla tanto ultraje!)

MAR. ¿Dueña de vuestro amor, Marqués, no soy?
Poned á vuestra esposa, el de Villena,
coto en su corazon á tanta pena.
¡Por piedad!... ¡ah señor!... os amo tanto,

(Se acerca al Marqués y le pone el brazo sobre el hombro: este manifiesta desagrado, y en todas sus acciones marcará el desprecio.)

EL NIGROMANTE.

que el corazon llorando en su agonía,
no puede contener ya más el llanto
que hace brotar vuestra tenaz porfía:
tanto dolor, tan sin igual quebranto
no acierta á resistir vuestra María,
que con lágrimas tiernas en sus ojos
os pide que calmeis tantos enojos.

VILL. (¡Me ablanda el corazon! ¡No, no es posible!)

MAR. Compasion, D. Enrique; sí; yo os amo;
¿qué en mí pudísteis ver que así imposible
os parece el amor que yo reclamo?
¿Por qué así vuestra faz ceño terrible
me muestra altivo cuando ansiosa os llamo
en alas de mi ardiente corazon,
el amante que adora con pasion?

VILL. Dejad, doña María, no en extremo
así al amor solteis riendas en vano...

MAR. ¿Por qué no así, señor, cuando no temo
ver en lugar de esposo cruel tirano?
El cielo quiso en su poder supremo
haceros de mi amor el soberano,
olvidando desprecios que en mi frente
la huella del dolor...

VILL. ¡Estais demente!...

(Aparta á doña María, la que insiste cogiéndole una mano.)

MAR. Volveos hácia mí; sed compasivo;
que tanta ingratitud, desprecio tanto,
al corazon que sufre así cautivo,
no es dado soportar; no más quebranto.
¿Amaros por ventura es el motivo
que os impele á sumirme en triste llanto?
Templad, por Dios, esta ansiedad impía...

VILL. ¡Apartad!... (¡La rechaza el alma mia!..)

MAR. Volved los ojos; contemplad sereno
si sufrir por ventura esos rigores
merece esta mujer.

VILL. (¡De rabia lleno
resistir ya no puedo sus amores!...)

(Se levanta Villena.)

MAR. ¿Mi angustia calmareis? ¡Sereis tan bueno!...

acaben de mi suerte los rigores;
olvidad lo pasado: sin encono,
os amo, D. Enrique, y os perdono.

VILL. ¡Basta!... ¿Perdon á mí?... ¡Doña María!...
¡Y vos!... ¿encontrareis quien os perdone?

MAR. ¡Á mí, señor!... ¿por qué?...

VILL. ¡Por vida mia!...
No busqueis un recurso que os abone
en vuestro loco amor... ¡Será manía!...
Solo alcanzar podreis que se destrone
de mi pecho, si un átomo tuviera
de ese amor fementido: no más; fuera
vergonzoso temor no hablaros claro,
y á mengua lo tuviera el de Villena.

MAR. Hablad, señor, hablad, y sin reparo,
de tanta confusion y tanta pena
sacadme por favor: sí, yo os declaro
que turbar no vereis mi faz serena,
y que tranquila, en calma mi conciencia,
vereis al par, señor, vuestra violencia.

VILL. Me place, vive Dios, tal desafuero,
y me place tambien tanta arrogancia;
mas... falta que escucheis al mensajero
que ha de abatir, señora, esa jactancia.
Sabed, doña María, que no quiero
escuchar de ese amor vana constancia;
y que en vez de estrecharos en mis brazos...
quiero romper de esposos nuestros lazos.

MAR. ¡Ah!... ¿Pretendeis, señor, que yo no os ame?

VILL. Y que rompiendo la fatal cadena
que nos une... el divorcio...

MAR. (¡Cuán infame!...
¡Á vivir separados me condena!...)
¿Y pretendeis que caballero os llame...
y que el nombre respete de Villena...
el nombre que respetan con mancilla
los nobles y pecheros de Castilla?...
¡No, señor!... basta ya... sois mi tirano,
y altivo despreciando mis amores,
fementido y cruel, altivo y vano,

causa sois de mi llanto y mis dolores.
¡Ah!... proseguid, á ser tan inhumano:
víctima podré ser de esos rigores;
pero sabed que en mi postrer aliento,
resistiré vuestro villano intento.

VILL. ¡Doña María!...

MAR. ¡Sí!

VILL. Temed, señora,
arrostrar mi despecho y mi venganza;
que así como la nube se evapora,
y en humo se convierte sin tardanza
á la lumbre del sol abrasadora,
así yo vuestra frágil esperanza
desharé sin temor si á tanto sube,
cual rompe el sol entre la osada nube...

MAR. ¿Pensais que tanta infamia y tal ultraje
impune y sin venganza ha de quedar?
Sin vuestro amor, jamás vuestro coraje
puede á la de Albornoz intimidar;
aquí vuestro poder, vuestro linaje
brillante al sol quisísteis igualar;
pero ved que esa luz que cegar puede,
de la noche á las sombras huye y cede...

VILL. ¡Loca estais... vive Dios!... doña María...
en vano es resistir: llegó el momento
que coto ha de poner á esta porfía;
pues la amenaza sucedió al lamento,
y me acusais de horrible cobardía,
cnmplireis de por fuerza lo que intento.

(Recorre con la vista la habitacion; y cerciorado de que nadie le observa, coge con ímpetu de la mano á doña María, que cae de rodillas á sus piés, desenvainando Villena su puñal.)

MAR. ¡Oh! ¡socorro!

VILL. Callad, ó en mi despecho
sepultaré mi daga en vuestro pecho.
Ved este pergamino; firmad luego;
firmad, y... ¡vive Dios!... que no tardeis;
que va creciendo de mi rabia el fuego,
y en vano rechazarlo pretendeis.
Firmadle al punto, si vivir...

MAR. Os ruego
que tengais compasion. ¡Ah! ¿qué quereis?...
(Le da una pluma á doña María; esta la coge en su aturdimiento.)

VILL. ¡Doblegar ese orgullo con mi planta!...
Firmad pronto.

MAR. ¡Villena!... (¡Vírgen santa!...)
¿qué contiene?

VILL. El divorcio; una demanda,
que vos haceis, señora, de buen grado.

MAR. Yo firmarla (¡gran Dios!), ¿y quién lo manda?
(Se desase de las manos de Villena y se levanta.)
¡Jamás, jamás, infame!... No logrado
vuestro intento vereis.

VILL. Con esta banda,
(Desprendiéndose una que ciñe al pecho.)
vuestro aliento y suspiro sofocado,
sabré ahogar de una vez por vida mia,
ó firmareis al fin, doña María.
¡Vamos!
(Vase hácia ella, la coge por una mano y la arrastra hasta la mesa.)

MAR. ¡Socorro!... ¡por piedad!...

VILL. ¡En vano
compasion invocais!

MAR. ¡De vos la imploro
en lágrimas bañada!

VILL. Vuestra mano
tan solo os la dará.
(Se acerca á la mesa, toma una pluma, y se dispone á firmar el pergamino que le entrega Villena.)

MAR. Ved que en desdoro
nuestro ha de ser.

VILL. Os dije que inhumano...
á nada accedo.

MAR. De mi amargo lloro...

VILL. Firmad.
(Al ir á firmar doña Maria el pergamino, repara en Elvira que aparece por el foro, y de repente, operándose una transicion en su semblante, se queda mirando á Villena, sonriéndose.)

MAR. Ahí le teneis.
(Hace pedazos el pergamino.)

VILL. ¡Muere, insensata!...

ESCENA VI.

DICHOS, ELVIRA.

ELV. ¡Cobarde!...
VILL. ¡Vos aquí!...
ELV. ¡Cuál se retrata
la infamia en el semblante!... Sin recelo
venid, que libre estais ya de su mano.

(Se abrazan Elvira y doña María.—Villena se dirige con pasos lentos á la puerta del foro, lanzando una horrible mirada sobre las dos.)

VILL. (¡Mi venganza cumplida, ¡vive el cielo!...
alcanzará á las dos!...)
MAR. ¡Sois un tirano,
mostrando en tanto afan y tanto anhelo,
que en vez de caballero .. sois villano!...
VILL. ¡Doña Elvira!... Temblad.
ELV. ¿Temblar?... ¡Es tarde!...
Nunca temor despertará un cobarde.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara del Marqués de Villena.—Puertas laterales.—La de la derecha comunica con la habitacion de doña María de Albornoz. —La de la izquierda al interior del palacio.—Al foro, rompimiento de columnas por el que se ve en segundo término el gabinete alquimista del Marqués: en él, y al centro, una mesa grande con instrumentos de física y matemáticas, crisoles, embudos de cristal, botellas y frascos de diferentes formas y tamaños, un reló de arena y varias calaveras colocadas sobre pedestales.—Á un lado una puerta secreta que dirige al aposento de Abenzarzal.—La antecámara alumbrada por la luz de una lámpara colgada del techo.—En la mesa del gabinete un velon propio de la época, de cuatro mecheros, encendidos.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE VILLENA, sentado, escribiendo en la mesa de su gabinete. FERRUS, sentado en un escaño junto á una de las columnas.

FERRUS. Le llama el vulgo ignorante
al Marqués encantador,
porque hace trovas y hechizos;
el vulgo tiene razon...
¡Siempre exhalando vapores
y quemando en el crisol
no sé qué de nigromancia,
que echa llamas de color!...
Otras veces, escribiendo
con letras que no sé yo,
si por lo grandes y raras
son encantos ó qué son,

pasa las noches en vela
hablando en tan alta voz,
que á mi ver, es á los diablos
á quien da conversacion.
Si afecto no le tuviera,
ó me pagara peor
el cariño que le tengo,
le abandonaba, por Dios.
Que en verdad, yo tengo miedo...
y el miedo, será aprension;
mas pese á mí, yo le tengo,
y puede más que el valor.
Há dos horas que sentado,
inmóvil en su sillon,
está escribiendo y hablando
con tan extraño furor...
Apostára dos cornados
á que llama su atencion,
la borrascosa entrevista
de su esposa la Albornoz.
Será mejor que le llame. (Se levanta.)
¿Y si se enfada?... No, no.
(Se vuelve á sentar.)
¡Ya empieza otra vez!... ¿No digo?...
¡Qué cara!... ¡Poder de Dios!...

(Se levanta Villena con un papel en la mano y una pluma en la otra.)

VILLEN. Apuré los consonantes,
y solo falta un renglon.
(Se queda pensativo.)
¡Ah!... ¡Ya!... La blanca paloma,
que expresa el dulce candor.
(Vuelve á sentarse.)

FERRUS. ¿Otra vez con la locura?...
¡Pues tiene buena aficion!...
La blanca paloma... Vaya,
hoy está de buen humor...

VILLEN. «Siempre en el pecho, bien mio,
(Escribiendo, y recitando los versos que escribe.)
ardiendo por tí de amor,

tu imágen pura y hermosa
consuela á mi corazon.»
Bravo concepto me ocurre:
otra trova.

FERRUS. Ya el furor
se apodera á toda prisa
del Marqués... ¡Qué confusion!...

VILLEN. «Y pura tu frente hermosa,
tán brillante como el sol...»

FERRUS. ¡Muy alto se va trepando!...
¡Está loco, vive Dios!...
¡Qué laberintos revuelve
allá en su imaginacion
que á comprenderlos no acierto!...
¡En verdad, me da temor!...

(Sale Villena de su gabinete, adelantándose á la escena sin reparar en Ferrus: este se levanta como espantado.)

Aquí viene: ¡vaya en gracia!

VILLEN. Acabé ya mi cancion:
bien templada está mi lira,
cual le cumple á un rimador.
Séame dado en el descanso,
en mi solaz, la aficion
que á las trovas yo profeso;
y si en mis cantos de amor,
—que goza el alma extasiada,—
un recuerdo, una ilusion
recoger puedo tan solo,
no apetezco otro favor
ni ambiciono otros laureles.
(Reparando en Ferrus.)
¿Estais ahí?

FERRUS. ¡Gran señor!...

VILLEN. ¿El doncel de Calatrava?

FERRUS. Díjele que estábais vos
esperándole, y que al punto
viniera.

VILLEN. (Resolucion
necesito en este trance:
la he menester, ¡vive Dios!...

que á poner á prueba voy
de un hombre osado el valor...)
Despejad, que en esta estancia
uno sobra... y somos dos.

FERRUS. Es decir... que estoy de más;
en eso pensaba yo...

VILLEN. No estoy, Ferrús, para chanzas:
dejadme: mala ocasion
es esta de bufonadas,
que me acosa el mal humor.
Salid al punto.

FERRUS. Está bien:
que os guarde por siempre Dios.

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE VILLENA.

¿Por qué así vacilar?... fuera mancilla,
menguada cobardía,
no dar cima á mis planes concertados;
y cobarde sonara yo en Castilla,
al par de tantos timbres bien ganados,
si rendir no pudiera,
cual debo, orgullo tanto y la arrogancia
de esa débil mujer: siempre altanera,
mintiendo de su amor vana constancia,
la de Albornoz resiste, mal mi grado,
á ceder al impulso de mi intento,
sin temor ¡vive el cielo!... á que mi enfado
crezca á la par que su tenaz lamento.
En mi pecho encerrar cumplióle al cielo
un corazon vedado á sus amores;
y pagar no le es dado tanto anhelo,
que busca por consuelo,
á quien sufre en el mundo sinsabores.
Amarla... ¡es imposible!... mentir fuera
soñar tal desvarío;
á mengua ¡vive el cielo! lo tuviera;

el corazon pedazos yo me hiciera,
si ese amor abrigara el pecho mio.
¡Ah!... viene aquí el doncel; gracias al cielo
que voy á ver cumplido tanto anhelo.

ESCENA III.

EL MARQUÉS. MACIAS.

MACIAS. Salud, Marqués de Villena:
aunque en hora ya avanzada,
es la que pienso os agrada...
VILLEN. Estaba, doncel, con pena
y con incierto temor,
(Cierra la puerta por donde entró Macías.)
vuestra venida esperando.
MACIAS. Me halaga que en mí pensando...
VILLEN. Sentaos, y me hareis favor.
(Se sientan.)
MACIAS. Me obliga tanta franqueza.
VILLEN. El cortesano respeto
olvidad.
MACIAS. Estoy sujeto,
señor, á vuestra grandeza.
VILLEN. Sois, doncel, muy caballero,
y os tengo á fé conocido:
no en vano sois preferido
del rey Enrique Tercero.
Mas hablemos del asunto
que os trajo de Calatrava,
pues con ansia os esperaba,
y saberlo quiero al punto.
Del gran maestre la muerte,
cuya noticia hais traido,
¿alguno acaso ha sabido?
MACIAS. Todos ignoran su suerte;
y cual vos me habeis mandado,
apenas murió, salí
de Calatrava, y aquí

solo á vos os lo he contado.
En la villa, gran señor,
su muerte en secreto está:
ni el mismo rey la sabrá,
ni leve suena el rumor
hasta pasados dos dias;
y si en silencio os estais,
á lo mismo me obligais.

VILLEN. Juradlo al punto, Macías.

MACIAS. Os lo juro á fé de hidalgo,
de noble y de caballero.

VILLEN. Veo, doncel, que sois sincero,
y os ofrezco cuanto valgo.
Mas... os quiero preguntar
si alcanzais cuál es mi objeto...

MACIAS. Señor, ignoro el secreto...

VILLEN. Pues bien, para terminar,
me explicaré con franqueza.
Pienso no haberme engañado,
(Con marcada intencion.)
en haber con vos contado...
y al par con vuestra destreza.
Nuestro interés, que es igual,
me obliga á hablar sin rebozo;
que aunque sois, doncel, tan mozo,
sois reservado y leal.

MACIAS. Mas siempre fuí generoso,
y el interés yo desprecio.

VILLEN. No debeis dar tanto aprecio...
á ese rubor misterioso.

MACIAS. No comprendo ese lenguaje...

VILLEN. Importa poco en verdad,
si quereis en realidad
acabar vuestro mensaje.
Hace mucho que anhelaba
la ocasion que se presenta,
y ser quiero á buena cuenta
maestre de Calatrava.

MACIAS. (¡Vive Dios, que es osadía!...)
¡Pretendeis mucho, señor!...

VILLEN. Cúmpleme así; que este honor
satisface mi hidalguía.
Y si alcanza don Enrique
de maestre el alto puesto,
doncel, sois feliz con esto.
MACIAS. Permitidme que os indique...
VILLEN. Tanto alzaré vuestro honor,
que envuelto entre la grandeza,
saludarán la nobleza
de un nuevo comendador.
MACIAS. Sois, Marqués, tan generoso,
que aunque tanto no merezco...
VILLEN. Solo lo justo os ofrezco,
si me servis cauteloso.
MACIAS. Permitid, el de Villena,
que advertido en vuestro objeto,
recuerde que estais sujeto
á la de Albornoz...
VILLEN. ¡Con pena
lo recuerdo ya en verdad!...
MACIAS. Y es de ley, es de rigor
que haga el maestre, señor,
profesion de castidad.
VILLEN. Tambien lo sé; ¿qué hay en eso?...
MACIAS. Que tengo por imposible...
VILLEN. ¡Callad!... me es irresistible
escucharos; lo confieso.
MACIAS. Si vuestra esposa consiente...
de buen grado un rompimiento,
conseguireis vuestro intento.
VILLEN. ¿La de Albornoz?... ¡Imprudente!...
MACIAS. Entonces... dudo qué medio...
VILLEN. Uno en verdad... ¡vive Dios!...
MACIAS. ¿Discurris alguno vos?
VILLEN. Que á todo pondrá remedio.
Por eso vuestro poder
reclamo, vuestro valor.
MACIAS. Contad conmigo, señor,
si el honor no hay que perder;
que estimo en mucho la prenda...

VILLEN. Dejad... para el vulgo necio...
ese honor de tanto precio.
MACIAS. ¿Para el vulgo?...
VILLEN. No os ofenda...
MACIAS. Señor... ¿decis la verdad?
VILLEN. Digo, doncel, lo que siento.
MACIAS. (¡Se me acaba el sufrimiento!...
¡Pretende acaso!...)
VILLEN. Escuchad.
Luego haré que mi mujer,
como de costumbre tiene,
y porque así me conviene,
ufana baje á coger
al jardin las bellas flores.
Debe acompañarla Elvira,
que sin ella no respira
más que dolor y temores.
MACIAS. (¡Elvira!... ¡Bien... atencion!...)
VILLEN. Y me cumple, ¡vive el cielo!...
para saciar tanto anhelo,
que sea robada.
MACIAS. (¡Baldon!...)
VILLEN. Que de la noche al través,
escapando en un caballo
quién la robe, ni aun pensallo
se atreva nadie. Y despues,
en un castillo la encierre
que tengo allá en mi condado,
y en un salon reservado
á ella y mi secreto entierre.
Luego... correrá en la villa
de gente en gente la voz,
el robo de la Albornoz
que he tenido por mancilla.
Así puedo yo, doncel,
de castidad hacer voto,
y á su amor poniendo coto...
MACIAS. (¡Qué infame es!... ¡qué cruel!...)
VILLEN. Mi plan todo lo sabeis.
MACIAS. Proseguid, señor... (¡Villano!...)

VILLEN. Y aunque parezca inhumano,
consumado lo vereis.
Que mengua causa y baldon,
si no fuera cual pensaba
maestre de Calatrava
en tan preciosa ocasion.
Acabo pronto, que solo
réstame ya designar
qué persona ha de robar...

MACIAS (¡Y á mi furor no le inmolo!...)

VILLEN. Si es que ambiciona ó pretende
vestir de comendador
el hábito, tal honor
le daré, si no me vende.

MACIAS. (¡Ah!...)

VILLEN. Despues de mi grandeza...
nadie tanto habrá subido...
como el doncel preferido...
del rey Enrique, su alteza...

(Se levanta Macías encolerizado.)

MACIAS. ¡Del rey Enrique!... Decid...
¿conocéisle por ventura?...
Porque os ciega la locura...
os perdono este desliz...

(Villena se queda absorto y sobrecogido.)

¡Vive Dios... que infamia tanta
comprendí mal esta vez!...
¡quereis comprarme!... ¡pardiez!...
que el noble doncel no aguanta
un ultraje á su persona
que la amengua y la mancilla...
Porque sois conde en Castilla,
aunque innoble... ¿qué os abona
para ultrajar tanto honor
como el rey me ha prodigado?
¿Me habeis despacio mirado?...
¿Tengo cara de traidor?...

(Se levanta Villena furioso, operándose en él una reaccion.)

VILLEN. ¡Macías!... ¡Vuestro arrebato
bien caro os puede salir!

¿Tan loco contradecir
mi deseo?...

MACIAS. (¡Y no le mato!...)

VILLEN. Jamás... lo juro, doncel,
ultraje tanto esperaba...
que indiscreto, confiaba
en vos, aunque sois novel...

MACIAS. Novel soy, no os lo niego:
mas me sobra fuerza y brio
contra vuestro poderío,
contra vuestro orgullo ciego.
¡Ah!... ¿Quién os hizo creer,
sin contar con mi nobleza,
que villano y con bajeza
robara á vuestra mujer?...
¿Pensásteis que fuera en vano
y que en poco yo estimara
la banda que colocara
de noble aquí el soberano

Señalando á una banda azul que ciñe al pecho. Desde este momento empieza Villena á llevar la mano á su daga, recatándose de Macías.)

para tan mal discurrir
y con tanto desafuero?...
¿No me visteís, caballero,
en el campo combatir?...
¿Ignorais que en Portugal
rotas tengo yo mil lanzas,
por saciar justas venganzas
de mi rey?... ¿Siempre leal,
no fuí, señor, por ventura?...
¿Por qué mi auxilio reclama
contra una indefensa dama
que llora su desventura?

(Momentos de silencio: Macías vuelve la espalda á Villena.)

VILLEN. (Matarlo... será prudente...
que muerto ya no hablará!...

(Vase hácia Macías con pasos lentos y en ademan de darle una puñalada; pero retrocede, como variando de idea.)

Mas... ¿Qué hago?... Mejor será
mostrar mi calma aparente...)

(Envaina el puñal.)

Doncel, tregua ya á la guerra;
que aunque mostrásteis encono,
teneis, para vuestro abono,
muy pocos años: se yerra
sin querer á vuestra edad,
y aunque pudo grande daño
hacerme, yo no lo extraño:
es fuerza en la mocedad.
Ese brio... es consiguiente...
es natural... no me enfada:
si os dijera que me agrada,
decia verdad.

MACIAS. (¡Cómo miente!...)

VILLEN. Siento... sí, que arrojo tanto,
haya puesto entre los dos
una valla... ¡sabe Dios
que me sirve de quebranto!...
Conocer quise, en verdad,
vuestro oculto pensamiento:
erré el golpe... yo lo siento...
paciencia... y conformidad...
Recordad que ese blason
de maestre en Calatrava,
á Villena más no alzaba:
con don Jaime de Aragon
emparentado yo estoy:
de nuestro rey de Castilla,
publica él mismo en la villa
que pariente digno soy.
Soy Marqués, y tambien Conde:
más noblezas no mendigo:
os conviene ser mi amigo...
esto solo os corresponde.

(Se dirige hácia la puerta del foro, y Macías, sujetándole de un brazo, lo detiene.)

MACIAS. ¡Deteneos, don Enrique,
que si otra vez vuestra lengua,
asaz me trató con mengua,
quiero ya poneros dique!
Sé que imprudente mi arrojo

revelado en vuestro pecho,
porque no estais satisfecho
de venganza y vil enojo,
creciendo en este momento
está; no temo, señor;
ved que me sobra valor
para tal resentimiento.
Si exigis que en la pelea,
á caballo con mi lanza,
segun costumbre y usanza,
os satisfaga, bien, sea.

VILLEN. ¡Vive Dios... y qué arrogante
muéstrase ufano el rapaz!...

MACIAS. De todo, Marqués, capaz
me encontrareis.

VILLEN. Adelante.

MACIAS. Ahora bien. Yo de la muerte
del maestre de Calatrava...

(Al empezar Macías á consignar esta idea, Villena manifiesta su impaciencia porque concluya pronto.)

como con honra pensaba,
á nadie diré su suerte.

VILLEN. (¡¡Respira ya el corazon!!...)

MACIAS. Mas si vuestro loco intento
proseguis, señor, la cuento...

VILLEN. ¡Eso es hacerme traicion!

MACIAS. Esto es hacer mi deber.
Sed maestre enhorabuena:
mas no cause tanta pena
el serlo á vuestra mujer.
Villena, si abandonais
vuestros planes, callaré:
de lo contrario, hablaré:
yo haré... lo que vos hagais.
Mi afan y mi vanidad
cifro en salvar vuestra esposa.

(Villena pone una mano en el hombro á Macías.)

VILLEN. Seguid la senda escabrosa...
pero á Villena temblad... (Vase.)

ESCENA IV.

MACIAS.

¡Ofenderme así!... ¡Pardiez,
que me habeis bien conocido!...
¿Yo cobarde?... ¡Fementido!...
¡Te engañas por esta vez!
¡Sigue tan indigna senda,
que al par siguiéndote voy:
do quier que tú estés, estoy
sosteniendo la contienda!
Mas... si cual nunca pensé,
á lograr llegas tu intento...
testigo es el firmamento:
mátame... ó te mataré.
En la cámara vecina
oigo pasos: gente viene;

(Se percibe el ruido de una llave al introducirse por una cerradura.)

me embozaré, que conviene:
aquí su rumbo encamina...

ESCENA V.

MACIAS. ELVIRA cubierta con un manto.

ELVIRA. El cielo guie mis pasos.
¡Ay, Dios mio! ¡Estoy perdida!...
¡Hay un hombre en la salida!...
MACIAS. (¡Una dama!)
ELVIRA. (¡Qué baldon
si me llega á conocer!
Atrás volver ya no puedo;
me abriré paso.)

(Dirígese á la puerta del foro.)

MACIAS. (No cedo.)
¿Quién va?

ELVIRA. Una dama.
MACIAS. (¡Qué voz!...)
Aunque parezca imprudente,
permitid que el nombre exija...
ELVIRA. Caballero... esta sortija...
(Presentándole la mano.)
MACIAS. (¡Es verdad ó es ilusion!...
De la casa es de Villena...
cierto... su voz... y su talle...
su blanca mano...) ¿Á la calle,
dueña, vais por precision?
ELVIRA. Yo de la casa no salgo:
mas... soltad, señor, la mano.
MACIAS. (¡Es su acento soberano!...
¡Me lo dice el corazon!...)
Elvira sois, os conozco;
que aunque esté el rostro velado,
el sol nunca está tapado.
ELVIRA. Os engañais... Aprension...
MACIAS. No me engaño.
ELVIRA. (¡Me conoce!...)
MACIAS. Descubrios; ¡sois hermosa,
cual pura la blanca rosa!
¿Nada os dice el corazon?...
ELVIRA. (¡Qué voz!... ¡qué acento!... ¡él es!. . sí.
¿Quién sinó me conociera?
¡Resistir más no pudiera!...)
(Se alza el velo.)
MACIAS. ¡Elvira!...
ELVIRA. ¡Qué confusion!...
Descubrios vos tambien.
MACIAS. Me descubro, sí, al momento.
(Desembozándose.)
ELVIRA. ¡Ah!... ¡Macias!... (Se abrazan.)
MACIAS. ¡Qué contento!...
(Momentos de silencio.)
No envidio otro galardon...
ni envidio ya de los reyes
la vana pompa mentida...
¿Qué más placer?... Mi querida,

aquí, junto al corazon,
escuchando sus latidos;
tocando el fuego deshecho
que respira dentro el pecho
de amor la dulce ilusion.

ELVIRA. Sí, Macías: quiso el cielo
que esposa vuestra no fuera:
¡máteme el cielo!... ¡aunque muera,
es vuestro mi corazon!...

MACIAS. Olvidad, por Dios, Elvira,
ese recuerdo; yo os amo;
vuestro amor solo reclamo
en tan dichosa ocasion.

ELVIRA. ¿Mi amor?... Sí, mi vida es vuestra.
¡Ah!... Mi aliento... en un suspiro
dice cuál por vos deliro.
¿No es verdad?

MACIAS. Teneis razon.

ELVIRA. Vuestra soy. En mis amores...

MACIAS. ¡Callad por Dios!... Vuestro acento...
robar, dulce, puede el viento...
y celos da á mi pasion.

ELVIRA. ¿Tanto me amais...?

MACIAS. ¡Vive el cielo!...
¿que si os amo?... ¡con locura!...
¡es vuestro amor mi ventura!...
¡es mi más bella ilusion!...

ELVIRA. Porque así me amais, os quiero,
y el alma llora extasiada;
que al contemplarme yo amada,
lloro, sí, con ilusion.

MACIAS. Mas el tiempo aprovechemos:
si tanto me amais, Elvira,
si el amor solo os inspira,
si me teneis compasion,
mostradlo al punto.

ELVIRA. ¡Os adoro!

MACIAS. Dadme una prueba.

ELVIRA. Pedidme.

MACIAS. Que abandoneis...

ELVIRA. ¡Ah!!...
MACIAS. Seguidme
en premio de...
ELVIRA. ¡Qué baldon!...
¡Ah! ¿qué pretendeis... Macías?...
MACIAS. Vivir solo para amaros;
quiero á solas contemplaros.
ELVIRA. ¿Haré á mi esposo traicion?...
¡Mi amor que es puro, què es santo,
es el amor que del cielo
se desprende!... ¿es vuestro anhelo,
para Elvira tal borron?
Desistid; no hay que pensar...
VILLEN. Mosen... (Desde dentro de su gabinete.)
ELVIRA. ¡El Marqués!...
MACIAS. ¡Elvira!...
¡Nunca feliz se respira!...
ELVIRA. Volveos al pabellon.
MACIAS. Seguidme; por Dios, huyamos.
(Cogiendo á Elvira una mano.)
ELVIRA. De mi honra soy esclava.
soltad: adios: ya la aldaba
suena.
(Se desprende de Macías y vase por donde entró en escena.)
MACIAS. ¡Ingrata!... ¡Maldicion!...
(Vase precipitado por el foro.)

ESCENA VI.

VILLENA por la derecha: ABEN-ZARZAL por la puerta secreta.

ABEN. Salud al ilustre Marqués de Villena.
VILL. A un lado lisonjas; en vano adular...
ABEN. ¿Pues qué con mi ciencia, señor, le encadena?
¿quereis de los astros el curso parar?
VILL. Tampoco tu ciencia me es hoy muy precisa:
deja á las estrellas el cielo correr,
que ya sus arcanos tambien profundiza
quien habla contigo.

ABEN. ¡Teneis tal poder!
VILL. Sí; basta, judío: saber solo quiero,
si en tu nigromancia los rayos del sol
en oro has trocado...
ABEN. Jamás: con esmero
traté de encerrarlos en hondo crisol...
saliéronse al punto.
VILL. ¡Pues sabes bastante!..
Cualquiera lo hace.
ABEN. No hablais en razon.
VILL. El vulgo me tiene por gran nigromante,
y docto en la ciencia. Toma este bolson...

(Toma Aben-Zarzal la bolsa de cuero que le da Villena, manifestando en sus acciones la avaricia.)

ABEN. ¡Es oro!... ¡Qué hermoso!...
VILL. ¿Sabes qué pretendo?
ABEN. Decid, y al instante...

(Sigue examinando las monedas de oro que contiene la bolsa.)

VILL. Me afano en subir...
á un puesto elevado...
ABEN. Señor, ya os entiendo.
VILL. Guzman el Maestre dejó de existir...

(Guarda Aben-Zarzal la bolsa.)

ABEN. ¡Ay, Dios de Abraham! ¿Me hablais?...
VILL. Con franqueza.
Y quiero al momento, que tú, Aben-Zarzal,
fingiendo las ciencias, digas á su alteza
que has visto en el cielo... ¡prodigio real!
segun las estrellas, infausta su muerte:
ese es mi deseo.
ABEN. Lo haré, gran señor.
VILL. Y cuenta, judío, que igual es tu suerte
si piensas, infame, venderme traidor...
Tambien quiero cuentes al buen soberano
que el cielo le ordena, segun su poder,
ocupe su puesto, favor á este arcano...
ABEN. ¿El noble Villena?...
VILL. Sábeslo entender...
Estorba á mis planes la noble Marquesa;
Elvira, su dama; y á más un doncel,

que al rey con constancia su amor le profesa.

ABEN. Dejadlo á mi cuenta... Mi hermana Raquel,
de Italia no há mucho mandóme un gran pomo
de un agua tan buena que apaga la sed...

VILL. ¡No seas infame!... ¡El alma de plomo
no tengo, judío, cual tú en la vejez!
Pretendo alejarlos, sin dar á mi saña
tan torpe manejo.

ABEN. Lo haré, gran señor.
Y ya que tan blando quereis con la maña...
por miedo indebido no sé á qué temor...

VILL. ¡Silencio, mosen!... que aquí no es prudente
hablar de este asunto. Pudieran oir...

ABEN. Lo apruebo.

VILL. Seguidme, mosen, diligente.

ABEN. Al punto.

VILL. Mis sueños podré conseguir.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon régio.—Trono al foro, cubierto con cortinas.—Puertas laterales, y otras dos igualmente á derecha é izquierda del trono. Á la izquierda una ventana que da á la calle.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS DE GUZMAN. MACIAS.

MACIAS. ¿Sabeis qué nuevas, Guzman,
cuenta el vulgo por la villa...
sin respeto y con mancilla
de Villena?...
GUZMAN. Sí, un desman
que cometió el imprudente
hechicero nigromante.
MACIAS. Aún no sabeis lo bastante...
GUZMAN. ¿Yo?... Lo que dice la gente.
MACIAS. Por Dios que estais atrasado,
y lo siento; que algo tiene
con vos, D. Luis, y conviene
que esteis mejor enterado...
GUZMAN. ¿Conmigo, doncel?... No entiendo
misterioso ese lenguaje...
¡Vive Dios!... ¡Me haceis ultraje!
MACIAS. No, Guzman; no sé mintiendo
á vuestro honor y nobleza

robar con mengua su gloria.
Mas contar puedo una historia,
si he de hablaros con franqueza,
que os encadena á su nombre,
haciendo al vulgo pensar
que sabeis muy mal andar
en la córte. No os asombre.
Yo mismo os estoy mirando;
y si bien no os conociera,
que sois un niño dijera
al veros así...

GUZMAN. Pensando,
doncel, estoy y lo siento,
si con humor bien templado,
habeis de pronto fraguado
contarle á Guzman un cuento...

MACIAS. Acercaos, que en palacio
es imprudente así hablar,
y conviene reservar
el eco en aqueste espacio.
Asunto, Guzman, que atañe
en mucho á vuestra persona,
hablaros así me abona:
el misterio no os extrañe;
que dudo si sois amigo
del poderoso Villena...

GUZMAN. Me causa, doncel, gran pena
que así penseis: su enemigo...

MACIAS. ¿Sabeis que el Marqués menguado
os enreda alguna trama?...

GUZMAN. ¿Y quién á la lid le llama?

MACIAS. Su ambicion: él es osado,
y pretende lo que á vos
de derecho pertenece,
y conseguirlo se ofrece...

GUZMAN. ¿Decis verdad?

MACIAS. Sí por Dios.
Maestre de Calatrava
pretende ser su grandeza.

GUZMAN. Perdiera yo la cabeza,

si el blason que yo anhelaba
me usurpara con su ciencia.

MACIAS. ¿Pues no sabeis el rumor?...
Diz la gente que el temor,
que achaco á vuestra prudencia,
os hace andar como andais.
¡Un puesto en que tanta gloria
podeis, Guzman, á la historia
legar!... ¿Al Marqués dejais
que con afan cauteloso
os robe, Guzman, el manto
de maestre?...

GUZMAN. ¡Cómo!... ¿Á tanto
su afan se atreve?... ¡Celoso
há tiempo que estoy, doncel,
y que trabajo incesante
vigilando al nigromante!...

MACIAS. ¡Pues sois, Guzman, muy novel!...
Perdonad la confianza:
mas quisiera que, advertido,
fuérais más apercibido...
que el Marqués en mucho avanza...
Hoy se prepara un suceso,
y quizás en esta hora...
robando estén sin demora
á su mujer...

GUZMAN. ¡Tanto exceso!...
¡Maldad tanta... no esperaba!...

MACIAS. Pues credme... ¡Vive el cielo!...
Ser pretende con anhelo
maestre de Calatrava.
Le estorba la de Albornoz:
al divorcio ella no accede;
y me consta que él no cede
de su plan, que es bien atroz.
¿No os extraña, D. Guzman,
que el Rey junte su grandeza
esta noche?... Con destreza
gira el proyecto á su afan.

GUZMAN. ¡Y por Dios, doncel, que hablais

con acierto!...

MACIAS. Gente viene.

GUZMAN. Salgamos, que no conviene...

MACIAS. Salgamos, que bien pensais.

GUZMAN. Es la turba... aduladores...
que á esperar vienen al Rey...

MACIAS. ¡Su condicion!... es de ley...
y propio en tales señores...

(Vanse por el foro.)

ESCENA II.

IÑIGO MENDOZA, PEDRO LOPEZ DE AYALA.—Varios doncelcs y cortesanos entran en el salon y pasean hablando entre sí: los dos primeros se adelantan á la escena.

AYALA. ¡Qué revuelta está la córte!...
¡Qué rumor en el alcázar!...
¿Sabeis la causa, Mendoza?

MEND. La ignoro, Pedro de Ayala.
Solo he visto al de Villena
á caballo con su lanza,
y con la turba de pajes
que en corceles cabalgaban,
briosos por las afueras,
dando voces de «á las armas.»
Á estas voces, sus donceles
y escuderos se alarmaban,
unos corriendo hácia el bosque,
otros al soto.

AYALA. Pues vaya:
á que acierto yo al momento,
y la cabeza apostara
que no me engaño...

MEND. Decid,
que impaciente yo la causa
saber, D. Pedro, quisiera...

AYALA. Yo conozco á dónde alcanza
la ambicion del de Villena

y sus planes, y sus tramas.
El vulgo diz que le tiene
por docto en la *judiciaria*...
y yo... á la verdad, no creo
que sea todo nigromancia...
ni que él maneje el encanto
así... para que espantara
á todo el mundo... La intriga
sí que maneja con gracia.

MEND. No hace mucho que ha llegado
un doncel de Calatrava,
con pliegos para Villena...

AYALA. ¿Sabeis que al punto la caza
dejó... quedando allí el Rey
en el soto?... Sin tardanza
se vino á Madrid de noche.

(Recatándose de los demás caballeros que pasean, y bajando la voz.)

Desde aquí empieza la trama.
Sin duda grandes noticias
dióle el doncel reservadas...

MEND. ¿Del maestre?

AYALA. ¡Qué!... Mendoza,
si ya ha muerto...

MEND. ¡Yo ignoraba!

AYALA. No lo extraño: pocos saben
la noticia: está guardada,
que así conviene á Villena
mientras roban á su dama
la de Albornoz, que sin duda
esto motiva la alarma
que se nota por la villa,
y por todo el régio alcázar.

MEND. ¿Mas qué tiene eso que ver
con que roben á su amada?...

AYALA. Ya lo vereis: el tiempo,
aunque poco á poco, avanza,
y vereis cómo se liga
este atentado á la trama...

MEND. ¡Cómo!... ¿y por dónde sabeis?..

AYALA. Me lo ha dicho, en confianza,
así... para que circule
por la córte... cierta dama...
MEND. Ya... ¿Una dama?...
AYALA. ¿Qué quereis?...
las únicas que avasallan
mi gusto son, lo confieso...
MEND. ¡Mirad no sea una chanza!...
¡Parece, Ayala, imposible!...
¡Todo un marqués!...
AYALA. ¡Oh!...
MENL. ¡Qué infamia!...
AYALA. Así cuentan por la villa.
Ya veis que su nigromancia
vale poco... no ha sabido
ocultar su torpe trama...
Mas yo pienso que si el rey...
¡vive Dios! se penetrara
de esta intriga que con mengua
Villena un borron alcanza...
no lo viera con paciencia,
que la justicia le agrada.
MEND. ¡Silencio!... que aquí su alteza...
(Volviéndose á los cortesanos.)
AYALA. El rey, caballeros; plaza.
(Se descubren todos.)
MEND. ¡Tan mozo y tan afectado
de esa dolencia malvada!...
(Dos pajes descorren las cortinas del trono.)

ESCENA III.

DICHOS. EL REY, de gala, apoyado en el brazo de ABEN-ZARZAL y en el de RUI-PEREZ DÁVALOS: otros cortesanos y donceles del Rey seguirán detrás. El Rey con paso lento se sienta en el trono: al lado derecho se coloca Aben-Zarzal: al izquierdo Rui-Perez Dávalos: los cortesanos agrupados se colocan en dos alas al lado del trono: GUZMAN se incorpora con los caballeros. El Rey saluda á todos.

REY. Al trono cerca llegad:
salud, nobles caballeros,

mis donceles y escuderos
que guardais mi magestad:
más cerca de vuestro Rey,
que la córte de Castilla
me da honor.

(Se aproximan más al trono los cortesanos.)

GUZMAN. (¡Te da mancilla...
hollando tu propia ley!...)

REY. Cerca de mí; que el placer
de lujo tanto y grandeza,
contemplar quiere mi alteza.
¿Nada dice el canciller?
¿Qué letras tienes?

AYALA. Señor,
el gran sultan os envía
el regalo que ofrecia;
¡dicen que es linda la flor!...

REY. Hermosa será en verdad,
ya que la ponderan tanto.

AYALA. Si ahora exento de quebranto,
cumple á vuestra magestad,
la haré al punto aquí venir,
que es donosa.

REY. Ya no es hora.

AYALA. ¡Tan arrogante es la mora,
que temo os haga sentir
su presencia!

REY. No de amor
ya mi corazon se inflama...

AYALA. ¡Mucho valiera la dama
si consigue tal favor!...

REY. Si al Rey quereis agradar,
Ayala, dejad á un lado
pensamiento que vedado...

AYALA. ¿No podeis, señor, amar?...

REY. Privado está el corazon
de gozarse con la llama
que de amor el pecho inflama.
El mal me agobia...

AYALA. ¡Aprension!...

REY. Y bien Rui-Lope, el leal,
dejando el amor á un lado,
¿á Granada hais enviado
ya mi cédula real?

RUI. Sí.

REY. Me agrada... ¡voto al sol!
¿No fuera mengua y mancilla
que mis reinos de Castilla
al imperio del Mogol
por nuestro orgullo afrentar,
vil tributo le pagara?...

RUI. Injusto fuera: mas cara
nos puede, señor, costar...

REY. No, no haya miedo... ¡pardiez!...
que si en nueva lid lo viera,
con mi brazo le rindiera
cual lo rendí la otra vez.

RUI. Mas permitid, gran señor,
que os advierta con respeto:
siempre estuvimos sujeto,
sin hollar nuestro esplendor,
á pagarlo, y...

REY. ¡Vive Dios!...
sujetad, Lope, la lengua:
¿no encontrais en ello mengua?

RUI. Ni creo que nadie...

REY. ¡Vos!... (Se levanta.)
¡y lo siento á fé de Rey!...
ningun otro ¡vive el cielo!
apetece con anhelo
ver pisada aquesta ley...
¡Pagar tributo al traidor!...
¿Y por quë?... ¡Temer su saña!...
¡Que venga por él á España,
que aquí nos sobra valor!
Si viene á cobrarlo aquí,
que venga; que D. Enrique,
á quien nadie puso dique,
sabrá pagárselo... ¡sí!...
Castilla libre ha de ser;

y á la faz de las naciones,
libre alzará sus pendones,
mientras tenga yo el poder.
Y no piense ese traidor...
que es pensamiento remoto,
ni que ha de ponerme coto...

ABEN. No os altereis, gran señor.

(Momento de silencio: el Rey toma asiento.)

REY. A otro asunto; Aben-Zarzal,
¿qué respuesta me volveis?
¿en las estrellas no veis
un pronóstico?...

ABEN. ¡Fatal!...

REY. ¡Sí! .. ¿Buscais con aficion,
en el cielo, en el espacio,
algun suceso?...

ABEN. ¡En palacio
ha de haber gran confusion!
Que en el firmamento azul
se dibuja en ocasiones,
muy negras constelaciones;
y segun dice Saul,
es mal agüero...

(Se advierte rumor entre los cortesanos.)

REY. ¡Gran Dios!
¿Por ventura de mi esposa?...

ABEN. Tened calma... (Es otra cosa,
que os contaré solo á vos,)

REY. Por Dios que me haceis temer.
Explicadme ese misterio.
¿Qué veis en el hemisferio?...

ABEN. (Perdonad, no puede ser.)

REY. Mi grandeza, despejad.

(Los cortesanos se separan del trono, y formando corrillos hablan entre sí.)

ABEN. D. Enrique, es imprudente
este paso...

REY. No: esta gente
respeta mi magestad.

ABEN. Pero es el caso, señor...

REY. Que la impaciencia me enfada.
ABEN. ¿Y si á la córte no agrada?...
Aparentad que el dolor
os obliga á hacerlo así;
y en vuestro mal escudado...
REY. Teneis razon, es mi agrado,
y tambien cúmpleme, sí.
Secundad mi decision
ayudado en vuestra ciencia...
ABEN. D. Enrique, con prudencia,
que llamamos la atencion.

(Durante este diálogo del Rey y Aben-Zarzal, los cortesanos manifiestan progresivamente su disgusto.)

REY. Sí, mi buen Aben-Zarzal;
con tu ciencia me has mostrado
que mi mal en sumo grado
háceme un daño fatal.
(Los cortesanos se vuelven hácia el Rey.)
No se qué siento... Un dolor
tan intenso aquí en el pecho...
que me atormenta deshecho
sin que un remedio...
ABEN. Valor.
REY. Dejadme solo: este mal
me priva con sentimiento
de escucharos, y lo siento.
¿Qué os parece Aben-Zarzal?
ABEN. Sí, os conviene, gran señor,
el silencio más que todo;
tranquilidad, de ese modo...
(Me fingiré encantador...)
REY. Mi nobleza, despejad.
AYALA. Salud para el soberano.
(Vase con otros cortesanos.)
GUZMAN. (¡Qué judío tan villano!...) (Idem id.)
RUI. Saludo á la magestad. (Idem id.)

ESCENA IV.

EL REY bajando del trono, apoyado en ABEN-ZARZAL.

REY. Libre ya de la nobleza
y á solas, tendré valor
para escucharte.
ABEN. Señor,
¿Tendrá valor vuestra alteza?
REY. Aunque me agobian los males,
me sobra en el pecho aliento
para escucharte contento:
decid, ¿qué nuevas?...
ABEN. ¡Fatales!...
Acercaos á esta ventana,
(Se dirigen á la ventana, y Aben-Zarzal abre sus puertas.)
que en el cielo lo hais de ver:
os empeñais... y ha de ser
tu voluntad soberana...
¡Me duele el alma, señor,
al daros tan malas nuevas!...
REY. Despacha pronto.
ABEN. Las pruebas
teneis delante: valor.
REY. Pronto, acabad, que impaciente
saber apetezco...
ABEN. Al punto.
¿No veis una estrella, junto
aquel lucero esplendente?...
Sus tímidos resplandores
que de agüero son fatales,
¿no os anuncian grandes males?...
¿para el reino sinsabores?...
REY. ¿Otra vez la patria mia
ha de llorar más quebranto?
ABEN. Ya su luz no brilla tanto...
¡Bien mi ciencia lo decia!...
Observad, rápidamente

se esconde en el firmamento...
y tras su luz... va el aliento
de un soberano... ¡Clemente
murió ya!... Rogad...

(El Rey se sobrecoge en extremo.)

REY. ¡Gran Dios!
¡El Papa!... ¡Callad!...

ABEN. Su hora
llegó, señor, sin demora,
roguemos por él los dos.

REY. ¡Fatal, Mosen, es tu acento!...
¡Me prensa el alma el dolor!...

ABEN. Polvo es el hombre, señor
la vida dura un momento!...

(El Rey se hinca de rodillas y cruza las manos, apoyándose en el marco de la ventana.)

REY. ¡Clemencia, Señor, clemencia...
¡Tened de un rey compasion!
¡No aflijas su corazon,
que es grande tu omnipotencia!

ABEN. Álzate, Enrique; que en vano
ese cielo que festona
mil estrellas, la corona
ni la vida al soberano
de la Iglesia ha de volver;
que en su dictar inflexible,
su decreto es infalible
como tambien su poder.
Álzate, atiende.

(Se levanta el Rey.)

REY. ¿Hay más?...

ABEN. Diviso una luz siniestra
de un lucero... allí... á la diestra,
que me asusta por demás.
¿Si será... ¡divino cielo!...
ese fulgor mortecino
algun suceso?

REY. ¡Adivino!...
Descorre al punto su velo.

ABEN. ¡Dios de Abraham!... ¿Qué miro?

¡Sus pasos... á Calatrava
dirige altivo!... ¡Y se clava!...
¡Y se fija!... Sí... ¡Deliro!...
(Pausa; observa con ávida atencion el cielo.)
¡Delirar!... ¡Oh, no!... No, en vano
yo en mi mente pretendiera
la verdad por la quimera
trocar... Gran soberano:
escuchad cuanto yo os digo;
que llorar tiene Aragon
su fatal constelacion,
que esta noche le predigo.

REY. ¡Me haceis temblar!... ¿Por ventura?...

ABEN. ¡Guzman ya murió tambien!
Esta es la vida. ¡Un vaiven
de contínua desventura!...

REY. ¡El Maestre!...

(Apoyando el Rey los brazos en la ventana deja caer la cabeza sobre sus manos.)

ABEN. ¡Ya infeliz,
cedió el brazo que temiera
la morisma pendenciera!
Fuerte cual nadie en la lid,
mostró su brazo Guzman:
¿de qué sirvió su bravura
si nada en la sepultura
se convirtió tanto afan?
¿De qué sus altos blasones,
sus timbres y su nobleza?
¿De qué su fausto y grandeza?
¿De qué tantos galardones?
¡En nada se convirtieron
tantos honores!... ¡En humo!...
Y un recuerdo es á lo sumo
lo que sus glorias le dieron.
(Toma el Rey asiento en un sillon.)

REY. ¡Compasion tened, Señor,
y admitidlo en vuestra gloria!

ABEN. No olvideis de la memoria
que tambien sois pecador.

(Pausa: Aben-Zarzal contempla al Rey, que estará sumamente abatido, y se sonrie.)

(¡Estos son los soberanos
que en Castilla hemos tenido!...
Miradlo ahí... confundido...
Valemos más los paganos.)
Compasion pedidle al cielo,
mas pedidla para vos;
que iguales son ante Dios
el Rey y el pobre.

REY. ¡De hielo
tu corazon, buen judío,
puede ser por vida mia,
cuando así con sangre fria
me hablas!...

ABEN. Te engañas: sombrío...
cúbrele un velo de espanto,
pues me aterra, Don Enrique,
que el cielo no ponga dique
á este igual nuestro quebranto...
Me asusta saber, gran Rey,
que mi cuello ha de ceder
á ese omnímodo poder
que igual nos hizo en su ley.
Y al pensar en que la muerte
ha de arrebatarme un dia...
maldigo la vida mia...
maldigo tambien mi suerte...

ESCENA V.

DICHOS, UN ESCUDERO, desde la puerta del foro.

ESCUD. Vuestra licencia, señor,
piden los nobles...

REY. ¡No digo!...
¡Tambien mi suerte maldigo!...
No otorgo tanto favor...

No há mucho de aquí salieron,
¿y pretenden ahora entrar?...
No hay razon para escuchar
su impertinencia...

ESCUD. Dijeron
que era el caso muy urgente...
y en particular...

REY. Despues.

ESCUD. El de Villena, el marqués,
quiere veros...

REY. ¿Mi pariente?...
Que pase sin detencion. (Vase el escudero.)
¡Si algun suceso tal vez
turbará la paz!... ¡Pardiez...
que vino en mala ocasion!...

ESCENA IV.

DICHOS. VILLENA que entra precipitado arrodillándose ante el Rey: le siguen los cortesanos, donceles, y escuderos de su servicio particular.

VILL. ¡Justicia, buen Rey: justicia, venganza,
que al cielo, me otorgues le cumple, señor!
Traicion más horrible, más vil no se alcanza,
y es fuerza un castigo que infunda terror.
¡Castigo al villano que ultraja y mancilla
blasones que tengo ganados, buen Rey!...

REY. ¿Qué pasa, Villena, qué pasa en la villa?
¿Con mengua y bajeza te tratan sin ley?...

(Los cortesanos rodean á Villena: el Rey dándole la mano le levanta.)

VILL. Escucha: flotante la brisa surcaba,
ligera, sin traba, con blando rumor,
y el cielo tan bello sus galas mostrando
me estaba escuchando la voz del amor.
Sus brazos me daba mi esposa, que adoro:
su amor, ¡gran tesoro! ¡No puedo seguir!...
sus ojos brillantes lanzaban un fuego

que el pecho, sin ruego, sentíase latir.
Descanso en su seno que amor me ha postrado:
de pronto... á mi lado... ¡me mata el dolor!

REY. Seguid, D. Enrique...

VILL. Fantasma horrorosa...
me diz presurosa: «Ya basta de amor.»
Levántome aluego poniéndole coto;
y en tal alboroto se juntan tres más:
blandiendo la espada les hago yo frente,
que infame es la gente, cobarde en demás.
En tanto que lucho, aquel más osado,
mi amor me ha robado; mi vida; ¡pardiez!
y así que ya lejos se ha visto el villano,
todos por el llano se huyen á la vez.
Venciólos mi brazo, yo dije gozoso:
busqué presuroso en vano mi amor;
que infames me hicieron traicion horrorosa,
robando á mi esposa: ¡venganza, señor!...

(El Rey y los cortesanos se asombran.)

REY. ¡Gran Dios!...

VILL. «Á caballo,» grité yo á mi gente;
al punto impacientes me siguen do quier:
las crines al viento, las bridas soltando,
al soto volando llegamos sin ver...
Allá en la espesura por más que buscamos,
señor, no encontramos el premio á mi afan:
mas noto de pronto que fiel mi caballo,
se escapa cual rayo, que es noble alazan.

GUZ. (¡Qué infame!... ¡cuál miente!...)

VILL. De pronto se aquieta:
el paso sujeta de un árbol al pié:
diviso una sombra... me lanzo sobre ella
y al ir á cogella. . ¡mirad lo que fué!...

(Presenta al Rey un manto que trae arrollado al brazo uno de sus escuderos.)

¡Topé con su manto de sangre manchado!...

REY. ¡Ay Dios! ¡La han matado?...

VILL. ¡Villanos! ¡pardiez!...
¡Venganza al infame!

REY. ¡Venganza os prometo!

¿Quién falta al respeto de un Rey á la vez?
¿Quién fué tan osado? decidlo, Villena:
remedio á tu pena pondré: ¡vive Dios!
que el Rey Don Enrique, señor de Castilla,
sufrir tal mancilla no puede. Ni vos...

VILL. Así el pecho siente queriendo vengarse;
mas temo que hallarse no pueda al traidor.

REY. Veremos, Villena. ¿Lo ois Condestable?
me sois responsable de hallarlo.

RUI. Señor...

(De pronto llama la atencion del Rey y de los cortesanos el siguiente diálogo que se oye dentro:)

ELV. Favor, D. Enrique, si sois caballero.

ESCUD. Atrás, que primero permiso ha de dar.

REY. ¡Por Dios que alborotan en más el palacio!

ESCUD. Atrás, más despacio.

ELV. Dejadme, he de entrar.

ESCENA VII.

DICHOS, ELVIRA cubierta con un velo negro entra precipitada, postrándose ante el Rey.

ELVIRA. Perdonad, gran soberano,
si osada anduve esta vez.

REY. ¿Quién permiso os dió?... ¡Pardiez!...
que es un proceder villano...

EVIRA. ¿Me despide el de Castilla
poniendo coto á mi lengua?...
entonces... mayor la mengua
del Rey será.

AYALA. ¡Tal mancilla!

REY. ¿Con qué razon, por qué ley
osais hablarme altanera?

ELVIRA. Por temor á que mintiera
acaso alguno á mi Rey.

VILLEN. ¡Cielos! (Fijando la atencion en Elvira.)

ELVIRA. Conozco á un traidor...

cubierto de hipocresía... (Mirando á Villena.)
que al cabo os engañaria,
faltando á su propio honor.

(Los cortesanos que movidos de curiosidad habian rodeado a Elvira, se ordenan.)

REY. Sin reparo hablar podeis,
que vuestro Rey os lo exige.

ELVIRA. (¡Cómo tiemblo!...)

REY. ¿Qué te aflige?...

ELVIRA. Perdonad; ya lo sabreis.

(Momentos de silencio: Elvira se limpia las lágrimas con un pañuelo.)

REY. Enjuga, dueña, tus ojos,
y habla sin reparo al Rey;
que el escucharte es de ley,
segun dices.

ELVIRA. Tus enojos
temo, señor, en verdad,
y ofenderte mucho temo,
que sois monarca supremo...

REY. ¿Ofender mi magestad?...
Mas decidme... ¿qué traidor,
con faz tranquila y serena,
engaña al Rey?...

(Pausa larga; los cortesanos esperan con impaciencia que conteste Elvira.)

ELVIRA. ¡Villena!...
delante está, gran señor.

REY. ¡¡Dueña!!... (Levantándose.)

VILLEN. ¡¡Contened la lengua!!

(Vase ciego de cólera hácia Elvira llevando la mano á la daga, á al llegar junto á ella se detiene.)

GUZMAN. (¡Que me cumple la arrogancia!...)

REY. Villena... ¡atrás!...

ELVIRA. Mi constancia
descubrió su propia mengua...
Juro á Dios y al santo cielo,
y juro así por mi honor,
decir verdad.

VILLEN. ¡Gran señor!...

(Dirigiendo la vista al cielo y cruzando las manos.)

¿Y esto me dais por consuelo?
¡Tras un dolor que en el alma
su huella profundizó!...

REY. ¿Decís que el Marqués?...

ELVIRA. Robó
á su esposa. Y esa calma
que veis en él aparente...
es fingimiento, mentira...

REY. ¡Vive Dios!...

VILLEN. ¿Quién sois?

ELVIRA. ¡Elvira!...
¡Alzad, si podeis, la frente!...

(Se levanta el velo, y Villena se cubre los ojos con las manos.)

¿Y es tanto, señor, tu afan (Al Rey.)
que teniéndolo delante...
no vistes en su semblante
la infamia?...

GUZMAN. ¡Bien!... (Entusiasmado.)

REY. ¡Tal desman!...

ELVIRA. Sosegaos, gran señor;
siento turbaros la calma,
pero me pesa en el alma,
destrozada del dolor,
que á una dama, á mi señora,
se la robe impunemente,
y alce serena la frente
quien aparenta que llora.
Y tú, Marqués de Villena,
que finges llanto en tus ojos,
no pienses que tus enojos
han de causarme gran pena;
si escudado en tu bajeza,
y en el poder que mancilla
al mismo Rey de Castilla
que te da tanta nobleza...
piensas que no he de decir
á dó alcanza tu traicion
por esa loca pasion,
aunque supiera morir.

VILLEN. Mandadla, señor, matar,
que no sufro tanta mengua,
y haced que arranquen la lengua
á esa mujer...

REY. ¡Eh! ¡Callad!...
(A Elvira: pausa.)
¿Teneis prueba de ese agravio?
Mostradla al punto... (¡Importuna!...)

ELVIRA. No tengo, señor.

REY. ¿Ninguna?...

ELVIRA. No tengo.

REY. ¡Sellad el labio! (Toma asiento.)
(Se anima el semblante de Villena.)

ELVIRA. Sé la suerte que me espera
porque en público he llamado
traidor al que está turbado...
esto no me desespera.
Mas vuestra ley que respeto,
lo que os manda solo á vos
es, que el juicio de Dios
decida...

VILLEN. Bien, me sujeto.
Quiero que el Dios poderoso
que nos mira desde el cielo,
mate al que mienta en el duelo.
¿Consentireis generoso?... (Al Rey.)
Sí, permitid, yo os lo pido;
y vereis mi faz serena.

REY. ¿Lo quereis así, Villena?

VILLEN. Yo os lo ruego.

REY. Concedido.
¿Con qué prendas se proclama (Á Elvira.)
tu honor, ó tu deshonor?

ELVIRA. Con estas podeis, señor,
si alguno, ved, las reclama.
Tomad, Rey, en vuestras manos
esta banda, esta sortija:
(Le entrega al Rey una banda azul y una sortija.)
prendedla á quien os la exija.

REY. ¿Qué dicen mis cortesanos? (Levantándose.)

¿Hay de vosotros alguno
que con su lanza y acero,
en la lid sea caballero
de esta dama?

(Pausa larga: al notar Villena el silencio de los cortesanos manifiesta su alegría.)

¿No?... ¿Ninguno?...

VILLEN. (¡Bien!...)

ELVIRA. ¡Ah!... ¿Ninguno? ¡Dios santo!...

GUZMAN. (No faltará, ¡vive el cielo!...)

ELVIRA. ¿No hay quien me salve en el duelo?...

VILLEN. (Ni quien enjugue tu llanto...)

REY. Tened, mis nobles, presente,
que el cielo ordena esta lid:
salga, pues, el adalid,
si alguno en reñir consiente.

(Largos momentos de silencio.)

Miradlo bien.

LOS CORT. No: ninguno.

VILLEN. Basta, señor, ¿qué más prueba?
Anunciad su fatal nueva,
y castigadla.

ELVIRA. ¿No hay uno?...

REY. Preparaos; es tu suerte: (Toma asiento.)
el cielo lo quiso así.

ELVIRA. (¡Cuánto tarda!...)

REY. Morir, sí;
solo te espera la muerte.
Reclamaste de tu Rey
justicia: tambien del cielo:
nadie por vos á ese duelo
acude. Morir es ley.

ELVIRA. ¡Me lo llegué á presumir!...
¡Cobardes!... ¡traidores!... ¡viles!...
¡Al Marqués todos serviles,
ninguno quiere reñir!...

(Siéntese adentro murmullo lejano, y desnudando su espada Guzman, vase por el foro.)

¡Ninguno en su pecho siente
ese fuego de nobleza!...

¡Todos saben su bajeza!...
¡Todos inclinan la frente!...
¡Bien!...

REY. ¡Eh!... ¡Silencio!... Llevadla,
y que en público la gente,
si alguno quiere, la afrente,
ya que mintió. Y matadla.

(Los guardias del Rey cercan á Elvira.)

VILLEN. (¡Ya tu estrella se apagó!)

ELVIRA. ¿No hay quien me ampare?...

(Á los cortesanos.)

GUZMAN. ¡Esperad!

(Apareciendo Guzman por el foro, y quedándose en la puerta hace seña á los guardias del Rey que se disponen para llevar á Elvira.)

Sí, vamos, pronto, llegad.

(Desde la puerta del foro hace señas á uno que viene por el interior del palacio, cuyos pasos á la carrera se sentirán por el ruido marcado que hace con las espuelas.)

ELVIRA. ¡Ah!... ¡Ya está aquí!

(Evádese Elvira de los guardias y cruza la escena al encuentro del que viene á la carrera, y al encontrarse, quedan abrazados: el Rey se levanta.)

VILLEN. ¿Quién es?...

(Desde que se siente el murmullo interior, no separa Villena la vista de la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

DICHOS. MACIAS, cubierto con la celada.

MACIAS. Yo. (Pausa larga.

Recoja quien quiera el guante.

(Arroja uno.)

Redoblo la acusacion,
y me nombro campeon
de esta dama.

ELVIRA. ¡Qué arrogante!...

GUZMAN. ¡Valiente está, sí por Dios!
VILLEN. ¿Y quién sois vos?... ¡Vive el cielo!
MACIAS. Quien puede aceptar el duelo;
quien quiere lidiar con vos
REY. Descubrios, que ante el Rey...
MACIAS. Perdonad, no me conviene.
VILLEN. ¡Muy grandes señales tiene...
de ser por Dios de la grey!...
MACIAS. ¡Mentís!... y con tal descaro,
que lo vereis!... (Se levanta la celada.)
REY. VILL. ¡Ah!... ¡Macías!...

(Deja caer el Rey la cabeza sobre las manos: los cortesanos se sorprenden.—Momentos de silencio: se acerca Macías á Villena, que estará como aterrado, y lo contempla frente á frente.)

MACIAS. Sí, marqués; hace ya dias...
que te sigo sin reparo.
Te sigo dentro el palacio:
en la iglesia y en la calle;
do quier que el marqués se halle,
allí está el doncel. Despacio,
tus planes yo desbarato.

(Coge á Villena por un brazo y lo hace andar dos pasos, adelantándose con él á la escena.)

(Juré, cual sabes, un dia,
salvar á doña María...
y... ó me matas... ó te mato...)
VILLEN. ¡Sella tu labio!... ¡Qué ufano
te nombras el campeon
de esa dama!... ¡Qué ilusion!....
¡No lidio con un villano!...
Nunca mi noble altivez
manchó su espada con mengua.
MACIAS. Villena... ¡Tened la lengua!...
REY. ¡Villena! ¡Eso no, pardiez!
Que es mi doncel preferido,
y ante toda la nobleza,
lo elevo hasta tu grandeza;
que tambien noble ha nacido.

(El Rey sube al trono, apoyándose en el brazo de Aben-Zarzal.)

Macías, llegad al trono.

(Macías se acerca y se postra ante el Rey, el cual le coloca la banda y la sortija que Elvira le entregó.)

En más, ya sois caballero:
mide, cual cumple, tu acero
al honor, que yo te abono.
Valiente, bravo en la lid,
fuiste, doncel, no cobarde:
de noble haced siempre alarde.

(El Rey le señala á Villena.)

Ahí tienes á tu adalid.

(Villena hace señas á uno de sus escuderos que le recoja el guante que arrojó Macías, y aquel se lo entrega.)

MACIAS. Ya lo habeis dicho, señor,
que por ser yo bien nacido
soy tu doncel preferido.

REY. Y lo tengo á mucho honor.
Marqués, cuidad, no hay excusa:
estad pronto preparado,
que la ley ha condenado
á quien el duelo rehusa.
De los dos una cabeza
por el suelo ha de rodar;
¡que Dios sabrá castigar,
á quien mienta con bajeza!

(El Rey baja del trono.)

VILLEN. Sí; fuera mengua ¡pardiez!...
no vengarme con anhelo...

REY. Mañana á las diez el duelo.
Hasta mañana á las diez.

(Saludando el Rey, vase seguido de los cortesanos que desaparecen por las diferentes puertas del salon.)

VILLEN. (¡Me he de vengar, vive Dios,
que tanta afrenta no puedo
sufrir!...)

(Se dirige Villena á la puerta por donde marchó el Rey, y al ir á entrarse, Macías que lo ha seguido, lo detiene, quedándose ambos agarrados de las manos. Elvira se queda en el foro.)

ESCENA IX.

VILLENA. MACIAS. ELVIRA.

MACIAS. Marqués, yo no cedo.
¿Quién cederá de los dos?
VILLEN. ¡Ceder en tal compromiso!...
¿quién tan cobarde se hiciera?...
MACIAS. Ninguno... ¡que mengua fuera!...
VILLEN. Nuestra estrella así lo quiso...
MACIAS. ¿Tendreis valor esta vez?...
VILLEN. ¿Si lo tendré?... ¡vive el cielo!
MACIAS. Mañana á las diez...
(Se aprietan las manos.)
VILLEN. El duelo.
MACIAS. ¡Hasta mañana á las diez!...

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Villena en el palacio real: puertas laterales: otra al foro: una mesa con escribanía, y otra al lado opuesto.

ESCENA PRIMERA.

VILLENA, con el hábito de maestre de Calatrava, sentado al lado de la mesa, registrando papeles, firmando unos y colocando otros en órden. ABEN-ZARZAL en la otra mesa componiendo un brevaje: al efecto habrá en ella varios, embudos de cristal, crisoles y botellas. De vez en cuando quemará una lámpara con espíritu de vino, cuya llama la aplica á un crisol que estará colocado en un aparato, de modo que pueda recibir el fuego de la lámpara cuando se la aplique. FERRUS sentado en un escaño al lado de la puerta del foro.

VILLEN. Afanes me da esta vida
que de Maestre yo paso:
há tres dias que en negocios,
ni sosiego ni descanso.
Envuelto entre estos papeles,
por acabar yo me afano,
y apenas despacho algunos
otros vienen al despacho.
Recorramos estas letras;
y si al fin me fuera dado
el borrar de la memoria
tristes recuerdos... Veamos.

(Lee para sí un pliego.)

ABEN. ¡Mucho tarda este brevaje!...
(Arrima al crisol la lámpara de espíritu de vino encendida.)
FERRUS. (¡Uff!... ¡qué luz!... yo estoy temblando
¡Este demonio de viejo
siempre entre llamas!...)
ABEN. ¡Pesado
está ya por Dios!... Más fuego,
á ver si logro acabarlo.
VILLEN. ¡Del Clavero!... ¿Qué le importa?
Me pregunta cuándo parto.
¡Vive Dios que es osadía
que se atreva á preguntarlo!...
Partiré cuando me cumpla
sin darle cuenta al menguado.
Estas serán... ¿quién lo duda?...
(Ha tomado en la mano un pliego.)
¡De mi esposa!... ¡Voto al diablo!
(Lee para sí.)
ABEN. Avivaré más el fuego,
que si no va tan despacio...
VILLEN. (¡Vive el cielo!...)
FERRUS. (¿Es el infierno
ó es el mundo donde estamos?...
¡Uff!... ¡Qué llamas!...)
ABEN. Sí, veremos
si con más fuerza quemando...
VILLEN. ¡Con el mismo tema siempre!
Siempre de amores hablando,
recordándome de esposo
los abominables lazos.
Y por Dios que no hay paciencia
para escuchar sosegado
tantos clamores, que al fin,
son inútiles, son vanos.
Quemaremos las querellas
de su amor, no sea el diablo
que con ellas tope alguno...
(Aproxima la carta de su esposa á la luz, y arroja el papel hecho llamas al suelo. Ferrús hace un movimiento de espanto. Villena sigue abriendo y leyendo para sí otros pliegos.)

ABEN. ¡Otro no he visto igual caso!...

(Vierte en el crisol que recibe el fuego los líquidos de todas las vasijas que hay encima de la mesa.)

Mezclaré todas las drogas,
á ver si así pronto acabo...

FERRUS. (¡Maldicion con estos brujos!...
¡Vamos á salir volando
por los aires cualquier dia
con sus hechizos y encantos!...
Ayer hubo gran funcion
de magia con ese diablo
de Aben-Zarzal y el Marqués,
y hubo de arder el palacio;
pues en llamas convertido
vi de pronto todo el cuarto
donde estábamos los tres;
yo medio muerto y temblando,
y ellos... nada, tan serenos,
tan apacibles...

(Aben-Zarzal sacando la torcida de la lámpara que arde con el espíritu de vino, aumenta la llama.)

¡San Pablo!...
¡Si no gano para sustos!...
¡Por la Vírgen del Rosario!...)

(Se santigua.)

VILLEN. ¡Hola!... ¿Qué es esto?... ¿El sello
aquí del Rey estampado?...

(Tomando un pliego de los de encima de la mesa.)

¡Me sorprende que por letras
el Rey me hable!... Leamos.
«Salud, Marqués de Villena:
ya que al fin lo estás nombrado,
mira bien si te conviene
de Calatrava el maestrazgo,
pues diz que Guzman al pueblo
con astucia ha sublevado.
Supone el tal D. Luis
de Guzman,»—¡siempre villano!—
«que con solo los hechizos,
las intrigas, los encantos,

lograr has podido al fin
un puesto tan elevado.
Si en la villa te quedaras
el maestrazgo renunciando,
más feliz fueras tal vez,
porque al fin, en ese cargo
hay mil peligros, mil riesgos,
contratiempos y embarazos...
y más que todo, la envidia
entre ciertos cortesanos.
Ya basta, pues, de consejo:
aceptad, ó no aceptadlo.» (Pausa.)
¿Renunciarlo yo?... ¿Y por qué?...
¡Ni cobarde ni menguado
fuí yo jamás!... ¡Vive el cielo!...
Yo sabré con mis encantos,
á fuer de buen *nigromante,*
humillar al pueblo osado,
donde por ley, por razon,
soy yo solo el soberano.
Ferrús, pronto aquí.

FERRUS. Señor...

VILLEN. Que preparen dos caballos.
Avisa á mis escuderos
y donceles, que su amo,
mañana al rayar el alba
diles que partirá: ¿estamos?
que quiero muy pronto entrar
en Calatrava.

FERRUS. Sí... andando...
está bien, señor, lo haré.

VILLEN. Pues marcha, Ferrús.

FERRUS. ¡Me largo!...

ESCENA II.

VILLENA. ABEN-ZARZAL.

ABEN. ¡Gracias á Dios que acabé!...
¡Y qué buen punto le he dado!...
(Pasa Aben-Zarzal del crisol á una copa de oro el líquido.)

VILLEN. ¡En Calatrava entraré!...
¿Y qué triunfos yo consigo?...
¡Vengarme! Me vengaré
de Guzman que es mi enemigo.
¿Qué gloria alcanzo en verdad,
con llevar al fin mi hazaña?...
¿No es la gloria vanidad...
ilusion que nos engaña?...

(Se presenta Guzman en la puerta del foro con igual armadura que la que usaba Macías, calada la visera.)

¿Por qué loco he de correr
en pos de esas ilusiones
para aumentar mi poder?...
¿Á qué tantos galardones?...

GUZMAN. (¡Aún no está solo!... ¡Pardiez!...)

(Vase Guzmán; pero al verlo Villena se levanta espantado.)

VILLEN. ¡Qué miro!... ¡Cielos!... ¡Su sombra!...
¿Qué buscas aquí otra vez?
Voy á echarla... ¡No me asombra!...

(Vase hácia la puerta; llega, y no viendo nada, retrocede horrorizado.)

¡Vive Dios!... ¿Será ilusion?...
¿De la mente fantasías?...
¿Será miedo... ó aprension?...
No... ¡Es la sombra de Macías!...

(Toma asiento, quedándose muy pensativo.)

ABEN. ¿En qué pensais, gran señor?

(Acercándose á Villena.)

¿Qué más quereis?... Con mi ciencia,
ya sois maestre.

VILLEN. (¡Qué horror!...
¡Es la voz de la conciencia!...)
Di, ¿le matastes al fin?

ABEN. ¿Yo, señor?... Yo soy humano.
En la prision vió su fin...
murió de su propia mano.

VILLEN. ¡Pobre Macías!...

ABEN. Se hirió
con su daga fuertemente,
y del golpe sucumbió...

¡Duerme en paz!... ¡Ya nada siente!...
¿Por qué sombra nos hacia?...
Estorbaba su presencia...
Ya daño hacer no podria.
¡Lo debeis todo á mi ciencia!...

VILLEN. ¡Aparta, infame judío!...
¡Eres la sombra del diablo!

ABEN. (¡Qué humor tan malo!...)

VILLEN. ¡Dios mio!...

ABEN. Porque me hablais, señor, hablo.

VILLEN. ¡Me persigue sin cesar!
¡Do quier que miran mis ojos,
sin poderlo remediar,
su sombra me causa enojos!...
¡Oigo tremenda una voz...

(Aparece Guzman por el foro.)

que...—¡Infame!—de lejos grita...
¡Escucho!... ¡Es la de Albornoz!...
¡Por siempre su voz maldita!

(Villena ve á Guzman que permanece fijo en la puerta, cruzado de brazos.)

VILLEN. ¡Miradlo!... ¡Miradlo allí!...

GUZMAN. (¡Qué judío!...)

ABEN. Tened calma.

VILLEN. Huyó por siempre de aquí...
Huyó por siempre del alma.
¡Cuál me aterra esa vision!
¡Miradla!... ¡Allí está clavada!...

(Vase Guzman á tiempo que Aben-Zarzal dirige la vista al foro.)

¡Clemencia, señor!... ¡Perdon!...

ABEN. Tranquilizaos... no hay nada...

(Va hácia la mesa y toma la copa de oro.)

Apurad este licor
que os preparé con mi ciencia,

(Villena dirige la vista al foro.)

y dormireis, gran señor.

VILLEN. ¡No hay nadie!... ¡Es la conciencia!...
¿Estais seguro, Mosen,
que descansaré un momento?

ABEN. Apuradlo, señor, bien;
cesará vuestro tormento.
Ambicionais... claro está,
riquezas y laureolas:
y teneis más en verdá
que espumas brotan las olas.
Todos ante el esplendor
se humillan de vuestra alteza.
¿Qué os resta ya, gran señor?
¿ambicionais más grandeza?

VILLEN. Sosiego, tranquilidad,
que mi calma es fingimiento,
el reposo falsedad...
no muestro lo que aquí siento...
Réstame solo llorar
llanto eterno en esta vida...
(Toma la copa de oro.)
y de amargura apurar
esta copa... Bien; mentida
felicidad... ¡vive Dios!...
(Apura la copa.)
¿De qué me sirve la gloria,
si tras la gloria va en pos
un recuerdo, una memoria
que me atormenta á la vez?
¿De qué tantos galardones?
Ya estoy cansado ¡pardiez! ...
de esta vida de ilusiones.
Quiero este manto arrojar
que al descanso pone traba:
ya no me cumple mandar.
(Arroja el manto que trae prendido á los hombros, al suelo.)

ABEN. ¡Maestre de Calatrava!...
(Pausa larga.)
Vergüenza me da, señor,
de escucharos. ¡Tal bajeza!...
No mereceis el honor
ni la dignidad de alteza.
¿Para esto fué tanto afan
y fué, señor, tanto anhelo?...

Ya vereis cómo Guzman
levanta el manto del suelo.
¿Qué disculpa dais al Rey?
De menguado haciendo alarde
le direis: «Señor, tu ley
pisé...» y os dirá: «¡Cobarde!...»

VILLEN. ¡Ten la lengua, Aben-Zarzal!

ABEN. Tengo razon, sí, Villena;
estais pensando tan mal,
que me causa grande pena,
y me causa hasta rubor
el contemplar cuál se humilla
ese tan grande esplendor
que envidia tanto Castilla.
¿No os causa mengua, decid,
que el pueblo, el Rey, la nobleza,
miren que os venció en la lid?...

VILLEN. ¿Quién?

ABEN. Guzman.

VILLEN. ¡Fuera bajeza!

AEBN. ¿Así pensais, señor? Bien;
levantad la altiva frente.

VILLEN. Tienes razon: sí, Mosen;
el corazon lo desmiente.

(Coge el manto y se lo coloca á Villena en los hombros.)

ABEN. Así; grande os quiero yo:
noble, sí, y caballero.

VILLEN. ¿Decis que ni el Rey?...

ABEN. No:
antes que el Rey sois primero.

VILLEN. ¡Oh!... sí, judío... ¿es verdad?...
¿seré grande?

ABEN. Sí, potente
aún más que la magestad.

VILLEN. ¡Dominaré!...

ABEN. Desde Oriente
hasta Occidente, señor,
vuestro poder sin segundo,
si demostrais gran valor
ha de respetar el mundo.

VILLEN. Nada he dicho, Aben-Zarzal,
no digas...

ABEN. No; con mi ciencia
os he curado ese mal;
pero tened más prudencia...

VILLEN. Yo nada hice... Si el doncel
fué osado, y tambien Elvira...

ABEN. El culpable solo es él:
quien no piense así delira.

(Empieza á dominar el sueño á Villena, y apoyando la cabeza sobre la mano en la mesa, se irá apagando poco á poco su voz.)

VILLEN. Mañana... bien... partiré;
y asolando aquella tierra,
en Calatrava entraré...
¿así lo quieren?... pues guerra.
Si á tal llega su osadía,
y á tal su locura alcanza,
¡vive Dios!... que en solo un dia
clavo en sus muros mi lanza.

ABEN. Es muy justo, gran señor.

VILLEN. Razon me sobra.

ABEN. Villena,
si cumple así á tu furor,
hasta la última almena
de ese pueblo fementido
debe la tierra besar,
para que á tí sometido,
libre en él puedas mandar.

ESCENA III.

DICHOS.—ELVIRA, en el estado del mayor desconcierto, sin apercibirse de los dos: sacará en las manos una banda azul.

VILLEN. Dices muy bien... lo haré... sí...
que á tanto... mi encono llega...
(Quédase dormido con sueño agitado.)

ABEN. Ya se duerme.
(Le aplica un pomo á la nariz.)

VILLEN. ¡Por aquí!...
Quiero entrar... ¿quién me lo niega?...
ABEN. Sosegad.
VILLEN. ¿Quieren la guerra?...
ABEN. ¡Vive Dios!... dormid tranquilo;
que Aben-Zarzal en la tierra,
vela por vos con sigilo.
(Momentos de silencio.)
Se durmió al fin: ¡qué manías
sobrevienen á su mente!...
No piensa más que en Macías:
¡recuerdos que el alma siente!...
(Le vuelve á aplicar el pomo á la nariz.)
ELVIRA. ¡Oh Macías!...
(Acercándose á Aben-Zarzal.)
ABEN. ¡Pobre Elvira!...
¡Y lo que puede mi ciencia!...
ELVIRA. Libre el corazon respira
para tí: señor, clemencia.
¿Huyes de mí?... ¿Por ventura
provoqué yo tus enojos?
(Va á coger una mano á Aben-Zarzal y este la separa con ímpetu.)
Este llanto de amargura
que vierten por tí mis ojos,
¿no es llanto de puro amor?...
ABEN. ¡Aparta, Elvira!... ¡Está loca!
ELVIRA. ¿Huyes de mí? Por favor...
Si á desprecio te provoca
esta infeliz...
ABEN. ¡Vive Dios!
(Elvira insiste en agarrar del brazo á Aben-Zarzal, y este en apartarla.)
ELVIRA. ¡Yo sufrir desprecio tanto!
¡Y que solo piense en vos
con un amor puro y santo?...
Torna la paz, la ventura,
y la calma al pecho mio.
ABEN. ¡Es ceguedad!... ¡Es locura!
¿No conoces al judío?...

ELVIRA. Sí, Macías, ¡compasion!
cese por Dios mi agonía,
y vuelve á mi corazon
su ya pasada alegría.
¿Por qué á Elvira en el olvido,
en vez de tu amor?...

ABEN. Soltad.

ELVIRA. ¿Huyes de mí? ¡Fementido!
¡Desprecio ya tu piedad!...

(Suelta la mano de Aben-Zarzal, y este se queda con los brazos cruzados sonriéndose.)

¡Infeliz de mí! ¡Tu Elvira,
que por tus ojos miraba
la luz del sol!... ¡que respira
porque Macías respiraba!...

ABEN. ¡Pobre Elvira!... ¿compasion
me demandas? ¡Si está loca!...

ELVIRA. ¡Se me arranca el corazon,
y mi venganza provoca!...

ABEN. Apartad, Elvira, á un lado:
cansada estais ¡vive Dios!

ELVIRA. Tu amor al fin me has robado.
¡Fatal nos será á los dos!...
Y pues que lanzan tus ojos
de desprecio la señal,
has de probar mis enojos
con ese mismo puñal.

(Se lanza sobre Aben-Zarzal y le arrebata el puñal que lleva á la cintura; y aunque este huye, corriendo Elvira tras él, le da una puñalada, cayendo dentro muerto.—Elvira se adelanta á la escena con el puñal en la mano.)

Muere, sí, ¡viven los cielos!...

ABEN. ¡Infeliz de mí!... ¡Elvira!...

ELVIRA. Que pueden mucho los celos...
si por amor se delira...

(Aparece Guzman por el foro, quedándose á la puerta.)

¡Oh! ¡sangre, sangre!... ¡qué horror!...
¡Muerto ya!... ¡muerto!... ¡Infeliz!...

(Se dirige á donde está Villena, y arrodillándose ante él, le coge una mano.)

¡Macías! ¡doncel! ¡mi amor!...
¡Tus laureles en la lid!...
(Retrocede espantada.)

VILLEN. ¡Qué confusion! ¡mi cabeza!
¡vive Dios!... ¡qué desvarío!...

ELVIRA. ¡Huyamos de la nobleza!...

VILLEN. ¡Elvira!

ELVIRA. ¡Huyamos!

VILLEN. ¡Dios mio!
(Se cubre el rostro con las manos.)

ELVIRA. ¿Me desprecias?... ¡Ah cobarde!...
(Vase hácia donde está Aben-Zarzal muerto, y retrocede espantada.)
¡Venganza!... ¡sangre!... ¡qué horror!...
(Arroja el puñal y vase.)

ESCENA IV.

VILLENA.—GUZMAN.

GUZMAN. (¡Siempre de infame hizo alarde!)

VILLEN. ¡Me va faltando el valor!...

GUZMAN. Parece, noble Villena,
que estais de más pensativo,..
¡Es el bien tan fugitivo,
que el dejarlo os causa pena!...
(Le pone la mano en el hombro; Villena vuelve la cabeza y queda como petrificado.)
Despertad, ¡viven los cielos!
(Cuánto su faz ha cambiado!)
En el semblante pintado
teneis, Marqués, los desvelos...
No tengais miedo: la sombra
del doncel de don Enrique
que á poneros viene dique
soy, Marqués...

VILLEN. ¡No me asombra!...

GUZMAN. Me place así... ¡por el cielo!
que finjais serenidad;
pero no es tranquilidad

lo que demuestra ese anhelo.

VILLEN. Mas... alzad de aquí esa mano,
que de hierro me parece...

GUZMAN. Quien en Calatrava ofrece
mandar como soberano
y asolar un pueblo entero
por gozarse en la venganza,
asaltando con su lanza,
sus muros, él, el primero...
Quien promete que serena
su faz contra el enemigo
ha de enseñar... Mas... ¿qué digo?...
¡Si estais temblando, Villena!...

(Va á levantarse Villena, y Guzman le hace por fuerza volver á sentarse.)

Tomad asiento, señor,
y escuchadme con más calma,
que espero alcanzar la palma
sin mostraros mi valor.
Que solo en vuestro palacio,
sin que ninguno os defienda,
saldreis mal de la contienda
si no caminais despacio.

VILLEN. Acabemos sin rodeos:
dime al momento quién eres,
qué es lo que buscas, qué quieres...

GUZMAN. Que depongais los trofeos;
Que renuncieis la grandeza
de maestre y su poder,
porque al fin yo he de vencer,
y hais de bajar la cabeza.
Cese Villena en su afan,
y recuerde en su memoria,
que pertenece esa gloria
á don Luis de Guzman.
Y ya que vil has robado
el amor á tu mujer;
y por subir al poder
contra mí te has ensañado,
haciéndole al Rey pensar

que rehusé lidiar contigo
por temor al enemigo
con quien debí pelear;
y menguado y á traicion
por cobarde me encerraron
donde las penas ahogaron
de Macías la ilusion;
y tambien contra mi Elvira,
débil mujer sin ventura,
que has trocado en su locura
el amor porque suspira;
y que por tí murió ya
ese protervo judío
que extendió su poderío
de la luna aún más allá...

VILLEN. ¿Muerto el judío?... (Se levanta.)

GUZMAN. Murió, sí:
víctima fué sin ventura
del furor y la locura
de Elvira... Miradlo allí.

(Señalando á la puerta á donde está Aben-Zarzal muerto, á la cual Villena se acerca, retrocediendo espantado.)

VILLEN. ¡Oh Aben-Zarzal!... ¡Infeliz!
¡yerto su cadáver frio!...
(Se sienta en el mayor abatimiento.)

GUZMAN. No bastó su poderío,
que al fin pagó su desliz.
Ya lo ves; fueron en vano
sus hechizos y mentira...
Ni aun sujetar pudo á Elvira
su puñal. ¡Era un villano!...
Con sus encantos, Villena,
engañó al Rey... una historia
me recuerda la memoria,
que te cautiva y condena
y te sujeta á mi ley
mal tu grado, sometiendo
tu furor...

VILLEN. ¡Qué estais diciendo!...
¡Callad!... ¡No la sepa el Rey!...

GUZMAN. Acabemos de una vez:
de Macías... soy la sombra,
si te asombra ó no te asombra
demuestra el valor... ¡pardiez!...

(Momentos de silencio.)

VILLEN. Renuncio ya tanto afan,
y maestre ser no quiero:
lo renuncio, caballero,
en don Luis de Guzman.
Que el cielo me dé ventura
solo ansío, y su perdon;
y que olvide mi ambicion,
y perdone mi locura.
Que espinas solo y abrojos
con mi ambicion recogí,
y en el poder solo ví
al cielo lanzar enojos.
Sí, que la vida es un sueño,
y que fugaz es su encanto:
recoja quien quiera el manto,
que no lo estorba mi empeño.

(Arroja el manto al suelo, y Guzman lo recoge.)

Si de la virtud un dia
yo la senda extravié,
á la virtud volveré,
amando á doña María.
Y maldigo mi destino,
la fortuna y los rigores,
que sordo yo á sus clámores
me hizo seguir tal camino.

GUZMAN. D. Enrique, sosegad,
que importuna es tu locura:
doña María...

VILLEN. ¡Oh ventura!...

GUZMAN. Ya lo sabeis...

VILLEN. Acabad.

GUZMAN. Que vive en su soledad,
aunque olvidada de vos,
y siempre rogando á Dios
está por tí.

VILLEN. ¡Por piedad!
Mi vida toda yo os diera,
y el corazon en pedazos,
si al momento entre mis brazos
estrecharla yo pudiera.
¿Dónde está?
GUZMAN. Ya lo sabeis:
encerrada en tu palacio.
(Va á marchar, y Guzman lo detiene.)
VILLEN. Parto á verla.
GUZMAN. Más despacio:
quizás aquí la vereis.
VILLEN. Murió para el mundo, sí;
de mártir ciñó la palma:
mas me tranquiliza el alma,
que aún vivirá para mí.
GUZMAN. Aún vivirá, sí, Villena:
os lo aseguro.
VILLEN. ¿Quién? ¿Vos?...
GUZMAN. Sí, ¿quieres verla?...
VILLEN. ¡Por Dios,
que aumentando estais mi pena!...
Mis caballos, pronto, aquí...
(Dando voces.)
Quiero partir al momento,
que sufrir este tormento....
GUZMAN. Pues la vereis pronto.
VILLEN. ¿Sí?...
¿Dónde? Al punto...
GUZMAN. Tened calma.
VILLEN. ¡Oh ventura!
GUZMAN. (¡Vencí ya!...)
VILLEN. Quiero verla.
GUZMAN. Pues vendrá.
VILLEN. ¡Pedazos me haceis el alma!
¡Qué incertidumbre!... Decidme,
¿la habeis visto?...
GUZMAN. Sí, la ví.
VILLEN. ¿Á dónde?... ¡Por Dios!...
GUZMAN. Aquí.

VILLEN. Quiero verla.
GUZMAN. Bien, seguidme.
(Se dirige al foro, pero Villena no le sigue.)
VILLEN. Me engañais, que todo es sueño...
ilusion...
GUZMAN. ¡Eh!... ¡No es mentira!
VILLEN. ¿Aún vive?
GUZMAN. Sí, sí.
VILLEN. ¡Delira!...
¿Quien te lo ha dicho?
GUZMAN. Mi empeño
en salvarla, que es mi anhelo.
VILLEN. ¿Pero quién sois? ¡vive Dios!
GUZMAN. ¿No me conoces?...
VILLEN. ¡Ah!... ¿Vos?...
Sí, sois...
GUZMAN. No: ¡vive el cielo!
VILLEN. ¿Pues quién sois?...
GUZMAN. Guzman.
(Levantándose la celada.)

ESCENA V.

DICHOS.—Adelantándose GUZMAN á la puerta del foro, sale con DOÑA MARIA DE ALBORNOZ, de la mano.

GUZMAN. Y aquí está doña María.
MARIA. ¡Ah, Villena!... ¡Vida mia!
(Corren ambos á abrazarse, y quedan en esta actitud, que cae el telon.)
VILLEN. ¡Cumplido vi tanto afan!
GUZMAN. Conseguí cuanto anhelaba
á pesar de su poder,
puesto que he logrado ser
maestre de Calatrava.
Bien me ha salido el ardid,

y bien obré, con prudencia;
que al fin moví la conciencia
del poderoso adalid.

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 11 *de Febrero de* 1863.—*El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.*

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.	Robles.
Albacete.	Perez.
Alcoy.	Martí.
Algeciras. . . .	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Alvarez.
Avila.	Lopez.
Badajoz.	Ordoñez.
Barcelona. . . .	Suces. de Mayol
Idem.	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Verdugo Morillas y comp.ª
Cartajena. . . .	Muñoz García.
Castellon. . . .	Perales.
Ceuta.	Molina.
Ciudad-Real. . .	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija.	Giuli.
Ferrol.	Taxonera.
Figueras.	Bosch.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	Zamora.
Guadalajara. . .	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
I. de Pto.-Rico. .	José Mestre.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez.	Alvarez.
Leon.	Viuda de Miñon
Lérida.	Sol.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Lucena.	Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	Vinent.
Málaga.	Taboadela.
Idem.	Moya.
Mataró.	Clavel.
Murcia.	Her. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela.	Berruezo.
Osuna.	Montero.
Oviedo.	Martinez.
Palencia.	Gutierrez é hijos
Palma.	Gelabert.
Pamplona. . . .	Barrena.
Pontevedra. . .	Verea y Vila.
P.º de S.ª María.	Valderrama.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Salamanca. . .	Huebra.
San Fernando. .	Martinez.
Sanlúcar.	Esper.
S.ª C. de Tener. .	Power.
Santander. . . .	Hernandez.
Santiago.	Escribano.
San Sebastian. .	Garralda.
Segorbe.	Mengol.
Segovia.	Salcedo.
Sevilla.	Alvaréz y comp.
Soria.	Rioja.
Talavera.	Castro.
Tarragona. . .	Font.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Toro.	Tejedor.
Valencia.	Mariana y Sanz.
Valladolid. . . .	H. de Rodriguez
Vigo.	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria.	Illana.
Ubeda.	Bengoa.
Zamora.	Fuertes.
Zaragoza. . . .	Lac.